

REPUBLICA
CÁNDIDO
VALENTE
ANGUSTIAS
VILLACOLLE

966

Est. 200

Tab. 966

Núm. 966

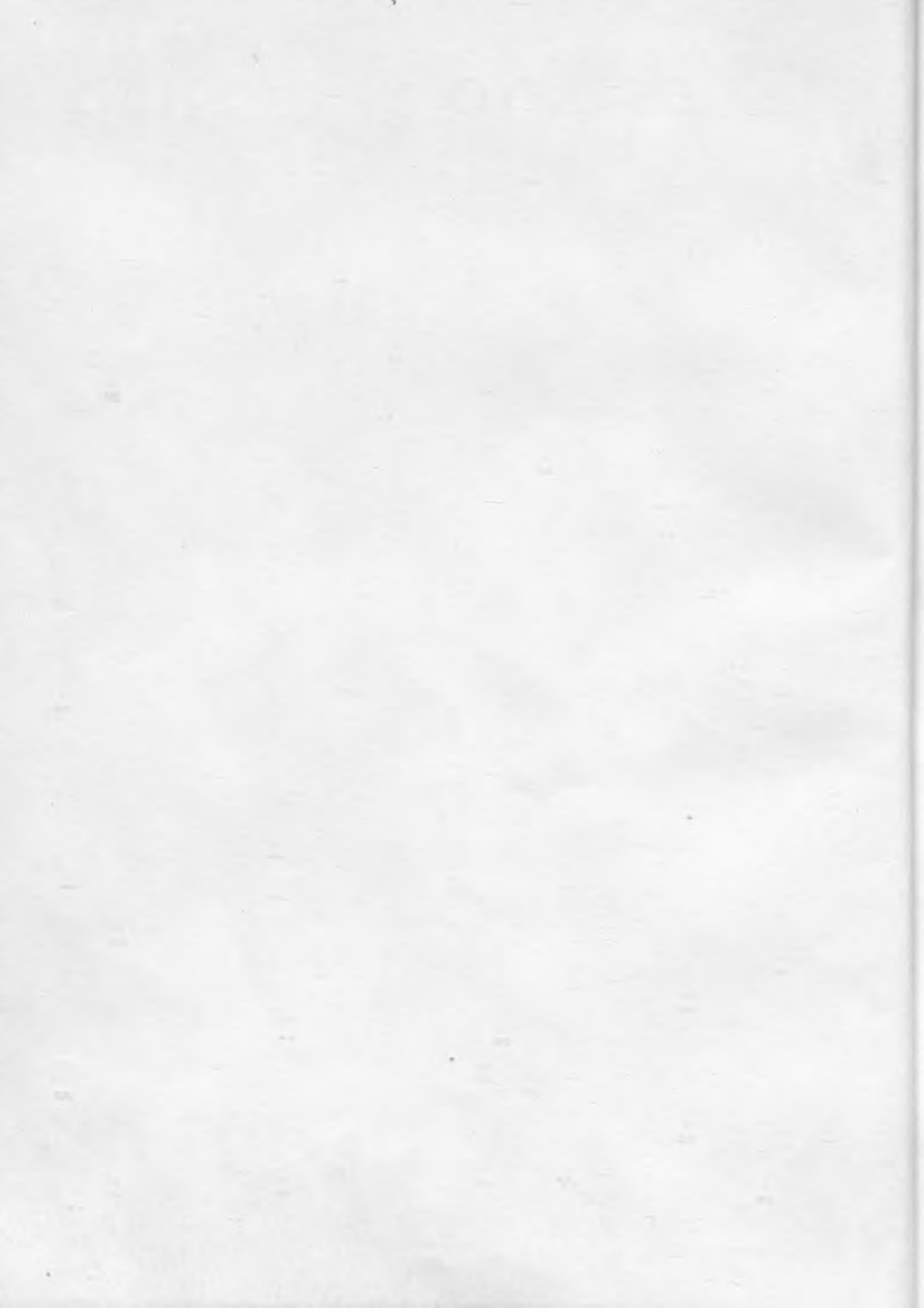
66

t. 73373

c. 73625590

EL ESTADO NACIONAL

1019-2



EL ESTADO NACIONAL



BIBLIOTECA POPULAR
"JOSÉ ZORRILLA"
VALLADOLID



ONESIMO REDONDO

*Editado por la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda de F. E. T. de las J. O. N.-S.
Reservados todos los derechos*

P R O L O G O

Se recogen en estas páginas dos series de artículos de Onésimo Redondo. No representan toda la obra escrita del autor, que en cinco años de vida política escribió con abundancia en periódicos y revistas nacional-sindicalistas; pero los trozos de su pensamiento que forman este libro son, propiamente, los jalones de su evolución política.

De las dos partes principales de que se compone la obra, la primera, "Hacia una nueva política", está escrita en los revueltos días del invierno 1931-1932 y vio la luz en "Libertad", el viejo semanario jonsista, uno de los primeros en gritar las consignas de la juventud revolucionaria nacional; desperdigados en sus columnas, conservan admirable unidad, rehecha hoy para ofrecer a los españoles este admirable libro, cuya clarividencia y actualidad han de parecer sorprendentes.

Da nombre al libro su segunda y más fundamental parte, "El Estado Nacional", cima de la madurez política del fundador de la Falange vallisoletana. Suspendido gubernativamente el semanario durante más de un año, le sustituyó "Igual-

dad", al que Onésimo nutrió con estos escritos que abarcan desde "la pérdida del Estado Nacional" y la crítica del liberalismo hasta "el Estado del Porvenir" y lo que su autor llama con sorna "Teoría Constitucional". Si el Nuevo Estado no llegó a perfilarse por completo en sus capítulos finales—acaso por la prematura muerte de "Igualdad"—su concepto y la idea de su instauración en España quedaron flotando en las páginas del renovado "Libertad", combatiente de las últimas horas de Onésimo como lo fué de las primeras.

Los diversos artículos guardan en este libro riguroso orden cronológico que permite ver cómo el cristiano espíritu de su autor se enfrenta con la realidad española de su tiempo y con pausa y firmeza va deduciendo las consecuencias políticas que hoy son evidentes a todos, incluso a muchos que entonces trataron a Onésimo Redondo de visionario. De un manotazo apartó las bambalinas que impedían ver la realidad de España y rechazó la división en derechas e izquierdas, el fetichismo por el dogma parlamentario, todos los valores de la sociedad demoliberal y burguesa. El ensayo sobre el nacionalismo es una muestra de la claridad que ¡en 1932! existía en la mente de este castellano tremendo, que halló en su ardiente fe católica las razones de su ímpetu revolucionario; la juventud española—¡toda la juventud!—ha hecho suyas las definiciones políticas expuestas en el ensayo, y las ha rubricado con su sangre.

No hay mejor prólogo al ESTADO NACIONAL que aquella profética proclama, escrita un 118 de julio de 1932!, en donde llama a los jóvenes a las armas, con sonoridades bélicas. Y ya todo el resto del libro conserva ese tono de arenga a la juventud, envuelto en su estilo claro, directo, combativo, que es quizás el mayor encanto de su prosa.

El epílogo es incopiable; está escrito con sangre la mañana del 24 de Julio de 1936 en que Onésimo Redondo cayó frente a sus traidores enemigos, gritándoles las razones que le hacían morir por la Libertad de España.

ONÉSIMO REDONDO

UN ARBOL EN CASTILLA

A sí eras tú, Onésimo Redondo.

Como el chopo: árbol de Castilla que hunde sus raíces largas en la tierra fresca de las riberas del Duero. Como el chopo recio y erguido en proyección inflexible hacia el cielo. Erguido y recio tú también, Onésimo Redondo, ansioso de infinitos cielos azules.

¡Cómo amabas a tu vieja Castilla! Enraizado en su tierra morena, querías sus casas de adobe, sus flores humildes, sus trigales prietos.

Y te acercabas a ella para ensanchar tu alma, respirando en las tardes doradas el aire que tenía frescura y sabor de pinares.

Y con tu palabra, áspera y caliente—como tu cariño—removías las almas campesinas guardadas en los cuerpos sarmientosos de oscuros labriegos.

Y ellos te seguían, fijos los ojos en los tuyos, duros y escrutadores. Y su esperanza puesta en la esperanza tuya.

Así amabas tú a Castilla: Con ansia de sacudirla el alma y despertarla de su modorra. La enseñaste a querer cosas grandes, como grandes eran las cosas que tú querías.

Y porque lo quisiste tú, lo quiso también Castilla.

Y aquí la tienes hoy, Onésimo, como tú la soñabas: en pie por España. Con vocación de guerra. Con vocación de Imperio.

* * *

Así eras tú, Onésimo Redondo.

Raíz en la tierra bendita de Castilla; recio y erguido en proyección inflexible hacia el cielo.

Como el chopo, eras tú, Onésimo Redondo, la vertical de Castilla.

¡¡PRESENTE!!

José Villanueva de la Rosa

HACIA UNA NUEVA POLITICA

Para una política nueva

El fracaso de la libertad

Ya hemos hecho constar más de una vez en estas columnas que de las varias experiencias políticas a que da obligado lugar esta vertiginosa sucesión de torpezas de que somos testigos, ninguna más trascendental que la del fracaso de la libertad.

— "La libertad muere a manos de los liberales": ese es el nombre de la nueva experiencia.

Hablamos, como fácilmente puede comprenderse por nuestra significación, no de la muerte de la libertad selecta, sino de la muerte de la libertad liberal.

La primera es el derecho a ser libre para practicar y propagar lo que es honesto y bueno, supuesta la confianza en que las leyes que regulan la libertad son todavía capaces de discernir entre lo que merece ser autorizado y prohibido. Esta libertad, desde luego, está en derrota desde el primer día del

triunfo demagógico: en cuanto "la calle" se echó sobre el Poder y mantuvo la coacción sobre él, que seguimos padeciendo, la libertad selecta ha sido precisamente suplantada por la libertad de la canalla que es la única en plena vigencia, si bien lo miramos. Las consecuencias del último decreto sobre recogida de armas no dejan ya la más mínima duda sobre ello.

Pero hablando, como en este artículo es nuestro intento, de la libertad en su sentido moderno—histórico, como fórmula de progreso político, condensada en los divinizados derechos del hombre, es como decimos que la libertad muere a manos de los liberales.

Porque si alguna revolución se ha hecho puramente—al parecer—en nombre de la libertad liberal, esa es la española del 12 de abril. No cabe duda que al pueblo se le hizo creer, y creyó, que con sus votos daba entrada a una era de alegre y verdadera libertad política, con lo que bastaba para re- encontrar un bienestar que tan perdido le pintaban.

Del bienestar hallado no hablemos... Pero ¿y, siquiera, la libertad?...

Bien claro está que sus luchadores y partidarios, los que subieron al mando en nombre de ella, viven sobrecogidos de miedo a la misma. Todos son leyes y recursos "de excepción", para evitar que respire. Pocas veces los "derechos del hombre" fueron tan temidos, y por consiguiente violados, desde el Poder como ahora. Eso no importa, claro es, para que se redoble el cinismo—véase Albornoz—proclamando por doquier que la libertad liberal vive floreciente y triunfadora. No lo negamos, si por tal se entiende la posibilidad jamás como ahora disfrutada, de que algunas ignorancias eminentes destruyen, en lo que pueden, al País desde su respectivo Departamento.

Consecuencias en perspectiva

Los que paladinamente proclamamos la inhabilitación definitiva de las fórmulas demoliberales, no podemos menos de celebrar con el mayor regocijo este triunfo que nos dan nuestros enemigos: "La libertad liberal ha muerto a manos de ellos". Cuando hayan terminado sus estragos sobre la nación, de tal modo que la nación los arroje para dar entrada a una política eliminadora de la farsa hoy vigente, habrán preparado con exceso una justificación a las medidas "antiliberales", de que no puede prescindirse para sanear el ambiente público e instaurar una era de rectitud.

Si los que lucraron la soberanía en la calle con mentiras liberales se han apresurado inmoralmemente a desdecirlas ¿qué no podrán hacer contra el demo-liberalismo, y en defensa de la Patria, los que lleguen a su gobierno predicando la cancelación de aquellas mentiras?

Puede despedirse sobre otra ninguna de todo derecho a subsistir, la libertad liberal de la Prensa. Tan admirable es la insensata prostitución de su aparente decoro, acreditada diariamente por los periódicos liberales, que ellos mismos se están labrando, concienzudamente, su desaparición como tales.

Cada vez aparece más cierta la imposibilidad de regir eficazmente la vida, y menos el resurgimiento de un Estado, teniendo siempre frente al Poder responsable de la acción, el irresponsable de la crítica libre. Cada día es más evidente que en naciones infeccionadas de picardía y arribismo, como España, la coexistencia de los dos Poderes se resuelve en breve plazo en la dictadura de uno u otro. O dicta el Gobierno, o

dictan los periodistas. Si aquél no lo hace, la picardía opositorista, los incontables recursos de la maledicencia periodística imponen en poco tiempo su ley, remontando a la opinión por encima del Gobierno, en alas del escándalo libre de la publicidad.

Por eso, aun los gobiernos liberales confiesan con hechos su incompatibilidad real con la libertad de Prensa y coaccionan como pueden a los órganos que no les son gratos. Cuando la política que esto hace es precisamente una política anti-nacional, inspirada desde fuera para entregar la nación a la esclavitud de los mitos que son la razón de los partidos hoy dominantes, la coacción además de traidora es ilegal.

Pero cuando el fracaso de las libertades liberales le sancione sin rodeos una política de auténtica estirpe española, que arribe llena de valores jóvenes y con soluciones nuevas de convivencia y libertad sensata, la muerte de aquéllas responderá a las conveniencias del pueblo y habrá cobrado en las traiciones de hoy un sello imborrable de legitimidad.

30—XI—31.

Hacia una nueva política

¿Unión de derechas?

Nosotros diríamos mejor "creación" de derechas. Es difícil unir lo que no existe. Y en los varios años que venimos oyendo con machacona persistencia, con unción sacerdotal las exhortaciones para la "unión de las derechas" ha podido

afirmarse que éstas no existían: no era posible unirlos. De ahí los fracasos de todas las tentativas de unión, y la razón de que cuantos llamamientos han hecho los periódicos derechistas a un frente único de estos elementos, hayan caído en el vacío. Como no había fuerzas organizadas con el ideal vivo, y masas adictas, sino camarillas y figurones desprendidos del pueblo, la pequeñez de entusiasmos y la sobreabundancia de egoísmos de las presuntas personalidades representativas, ahogaban en las primeras entrevistas toda posibilidad de hermanarse.

Hay que crear nuevas derechas como trámite previo a la finalidad de unirlos o—lo que sería más perfecto—de absorberlos. Porque atribuir hoy categoría de existentes, reconocer vigencia a los ancianos caudillajes y grupitos que en las diversas provincias tenían tono conservador, es cometer una candidez excesivamente "derechista" que se pagaría otra vez tan cara como se han pagado hasta aquí todos los vicios de atomización y bandería, tan característicos en los grupos políticos llamados conservadores.

Una nueva política

Para crear esa nueva derecha, debe darse nacimiento a una nueva política no menos radicalmente distanciada de los grupos y doctrinas adversos que de las antiguas mezquindades de la derecha burguesa.

Y no es tan esencial que surjan y vivan unidas orgánicamente, bajo un sólo jefe, un mismo nombre e idénticos postulados, las fuerzas nacientes, como que existan uno o dos

principios de negación—antimarxismo, antiparlamentarismo—y otros de construcción—fe hispánica, justicia social, orden político cristiano—que cobijen un ancho frente de resurgimiento nacional y proyecten armonía en la diversidad.

No demos tanta importancia por hoy a la unidad, como a la intensidad. Así como no puede pretenderse que un caudal en su nacimiento atraiga todas las corrientes que fluyen por modo natural en una cuenca, ni que fecunde sólo a la extensa superficie de ella, sería contra la naturaleza de las cosas que en el período de iniciación, la imponente masa capaz de sentir a España fielmente discurra por un solo cauce.

Es útil la variedad

Con ideales seriamente sentidos, la diversidad de métodos o de grados no empece la actuación conjunta, y en cambio proporciona la inestimable ventaja de ensanchar el frente de las fuerzas simpáticas, de "posibilitar" una máxima movilización de los elementos sanos.

Es impolítico, violento y estéril pretender, por ejemplo, que todos los antimarxistas españoles se organicen poniendo por delante el lema de RELIGION. Y a ésta misma le es perjudicial que por causa de un ambiente exclusivista, excomulgatorio políticamente, creado en derredor de su figura por los que ardientemente sientan lo religioso dentro de lo político, se crean los tibios obligados a escoger sin remedio entre un partido de ostentosa confesionalidad o uno de los muchos enemigos de la Iglesia.

La variedad sentida, la que no obedece a un tachable

afán de formar corro aparte para ser más fácilmente cabeza, es una variedad fecunda y es, sin duda, inevitable, pero además deseable en período de iniciación como hemos dicho. Busque cada cual espontáneamente su propio partido: haya varios en el frente de resurgimiento nacional, que puedan acoger, con la alegría de la casa propia, los diversos temperamentos de ciudadanos fieles a España y a la decencia cristiana.

Y trabaje cada cual preocupándose más de su propia intensidad que de la labor pura o menos pura del grupo vecino. El mosaico ejemplar de la todavía vigente conjunción republicano-socialista, es sobre esto que tratamos una elevada lección experimental de táctica política.

¿Hubieran desarrollado la intensidad ya conocida, se habrían encaramado en las crestas de la victoria y hasta les sería posible su propia subsistencia sin la extensión tremenda que proviene de su variedad?

Lo importante, repetimos, es movilizar extensa e intensamente a nuevas masas con nueva política. El tiempo se encargará de hacer más fuerte al que más valga. La unión será mucho más fácil entre organismos robustos que entre seres entecos. Y unas veces por absorción, la "unión de las derechas", material o formal, será un hecho no sólo fácil, sino ineludible.

Hagamos primero derechas. Esto puede ser rápido queriendo. Y rápida será también, después, la unión.

7-XII-31.

Contra la esclavitud del dogma parlamentario

En España hay que acabar con el sufragio universal como expresión única de soberanía. El mito de la soberanía del Parlamento es bastante por sí solo para proveer permanentemente los mandos nacionales con la gente más incivil, la más despegada de la honradez común de los españoles.

Amarrado el Estado a la desdichada supremacía de los grupos parlamentarios, el arribismo se apodera de la política, la pequeñez y el derrotismo turban la visión de toda idea nacional; la anarquía es como un canon de buen gusto para vivir en todas las profesiones, la chabacanería domina las costumbres, y la ruina progresiva del Tesoro es reflejo y causa de la suerte que arrastran las actividades económicas de todo el país.

Y es que ninguna fórmula como la de soberanía sufragista para profanar con la irresponsabilidad y la trampa las sagradas alturas del Poder político, y entronizar la esterilidad como presupuesto de las actividades de Gobierno.

Grave fué el error de gran parte del pueblo queriendo curar la zozobra dictatorial del ejército con el bálsamo parlamentario. Los pueblos, siempre niños, cometen la festiva candidez de creer siempre mejor a quien más habla y de ponerse en manos de todo el que mucho promete, otorgando—contra prudencia—tanto más confianza cuanto más abundosas y fáciles se le presentan las soluciones... Este vicioso instinto de las masas amorfas, es la raíz irracional del

crédito popular que disfruta el régimen parlamentario, y es la explicación al mismo tiempo de su subsistencia y de sus grandes crímenes.

Lo absurdo y depresivo está, pues, en que toda una colectividad de veintitantos millones acepte como **verdad divina** el principio de la soberanía nacida en las urnas electorales. Se produce así el tragicómico accidente, bien conocido acá, de ver a un pueblo como el español odiar siempre al Parlamento y no osar librarse definitivamente de la pesadilla de su "constitucionalidad".

La política nueva lo será en el mayor grado y ofrecerá solamente seguridades de eficacia total para cambiar el agónico rumbo de las últimas generaciones, si se decide a dar al traste con el ídolo parlamentario, hollando de una vez, y si es preciso con sangre, el mentido templo de la soberanía farisaica.

No quiere eso significar que las Cortes, o reunión de representantes electivos que de algún modo sean copartícipes del Poder, se declaren desterradas en los usos y costumbres de la España política futura. Ni siquiera—quizá—que se prive a la comunidad amorfa de los individuos de la función electoral, totalmente. Cortes y Asambleas, reflejo del Estado de voluntad general y encarnación del conjunto de los intereses geniales, es preciso que haya.

Tan impura es la aberración mítica de la soberanía parlamentaria como la confianza mesiánica en un dictador. Y tan propenso al abuso es el Poder sin fiscalización de un hombre o un grupo, como la omnipotencia de los partidos organizados con arreglo a la farsa parlamentaria.

La soberanía debe organizarse en forma compartida; la separación de poderes, ha de tener alguna realidad formal, y sobre todo la independencia del judicial ser un hecho firme.

Todo ello son capítulos, en gran parte nada originales,

de un derecho político que en las naciones más jóvenes va privando, y no es el fin de nuestro artículo reseñarles.

Solamente queríamos dar por sentado en esta serie de reflexiones sobre "nueva política" esa afirmación en la que insistiremos con ánimo de batalla y fe decidida: la caducidad del mito parlamentario, la urgencia que España debe sentir por desbaratar la fórmula demo-liberal, causante de un extravío nacional de siglo y medio y culpable de las grandes traiciones contra la fidelidad hispana a través de todas las generaciones que han presenciado nuestra ruina como Nación con ideales propios.

14-XII-31.

Justificación de la violencia

La aparición de toda violencia ilícita debe combatirse adecuadamente hasta vencerla. Esta es regla jurídica y principio de defensa, sin cuya rigurosa observancia es necio admitir que haya civilización.

Y el uso de la violencia en las luchas políticas por iniciativa de una facción da derecho a los demás a defenderse o prevenirse adecuadamente para mantener su libertad política frente al agresor. Es un derecho de conservación, una norma de libertad que obliga a todos, aun al Poder público.

Para reprimir la violencia ilícita; para garantizar las legítimas libertades de las opiniones sanas actuantes en política, está el Poder. La ley es la antítesis de la violencia o, mejor, una coacción legítima que suprime toda violencia entre ciudadanos.

Por eso, en ausencia de la ley, o en la medida que decaiga la eficacia defensiva de la ley, es lícito a los ciudadanos usar de la violencia contra la violencia.

Y no puede negarse que en este caso estamos, y que la necesidad de defenderse con la propia fuerza aumenta por momentos.

* * *

La lucha de clases ha introducido la violencia como método de actuación política.

La ideología materialista suelta las amarras de la moralidad en los prosélitos: borra en ellos la idea de lo lícito y lo ilícito, derivando la proclamación de sus reivindicaciones hasta una permanente declaración de guerra y transformando sus derechos políticos en bandera de conquista.

Este fenómeno produce en cada Nación un movimiento interno de invasión, equipado con todos los medios posibles de destrucción: la palabra violencia, la difamación y la amenaza como método de propaganda, es original de la táctica marxista y común a todos los explotadores del hambre obrera. La huelga agresiva como resorte principal de acción, y el crimen terrorista como instrumento accesorio, también son propios a todas las ramas del socialcomunismo.

Tienen una misma aspiración opresora: encerrar la riqueza y las libertades de todos en unas vías revolucionarias que conducen a su pretendido paraíso materialista. Conquistado el Poder usarían de la crueldad precisa para dominarlo todo, y, entre tanto, procuran debilitar y destruir con la táctica aludida a la sociedad que se les opone.

Es ingenuo, y además inútil, pretender la contención del movimiento agresor prescindiendo de la violencia necesaria. Como máximo puede concederse a los invasores el mentecato derecho liberal de propagar sus llamadas ideas sin estorbar a los demás el ejercicio de un derecho paralelo.

Pero allí donde aparezca la coacción social-comunista contra la libertad ajena, debe aparecer—ies evidente!—la violencia opuesta; y si el Poder es incapaz o tardo para machacar la uña de los agresores, deben encargarse de ello milicias ciudadanas que con el agrado o desagrado del gobierno cumplan la misión abandonada por éste.

Lo expuesto, ni es la única justificación de la violencia antimarxista, ni tampoco la sola finalidad de esa violencia que queremos ver organizada. Pero basta para lo que por el momento nos proponemos con este artículo: afirmar que toda organización de las llamadas "de derechas", puede y debe aceptar la urgencia de preparar una posible actuación física de los militantes, que coadyuven y amparen la actividad espiritual de la propaganda; todo movimiento derechista que repudie el inmediato ejercicio de la violencia necesaria, merece nuestro amable desprecio ¿Es que estamos todavía en la hora de los sueños mesiánicos, confiando nuestra salvación a un militar o a un orador de circo? ¿O es que nos resignamos a dejar nuestras familias, dignidad y libertades a los pies de la bestia social-comunista?

No hay otro camino que el de la propia acción, ni otra actitud que la de virilidad insuperada ni otro recurso defensivo que el de la propia violencia. Contra esta necesidad patente, ya no puede haber más argumento que el de la coherencia.

21-XII-31

¿Reaccionarios o revolucionarios?

La ruptura con el pasado

No es posible asentar sobre base popular una política que no sea, en algún modo, revolucionaria, o más exactamente, reformista.

Si bien se mira, todas las actitudes políticas que prenden entusiasmo en el pueblo van animadas de un espíritu de protesta; y tanto más se aproximan al triunfo cuanto mayor energía ponen en la crítica y acreditan más certeramente su contenido reformador: la raíz política más fecunda en el sentimiento de las masas es el descontento.

De una manera o de otra, el partido que aspira a una popularidad genuina, ya sea con la suprema aspiración de convertirse en nacional, o al menos con la de poseer fuerza combativa eficaz, ha de proclamar una incompatibilidad con el pasado, el lanzamiento de algún lastre histórico de los que el pueblo abomina o recela.

Sabedores los hombres de la demagogia liberal del provecho que en la política rinde la explotación verbalista del descontento popular, cultivan ante todo, y aun exclusivamente, la protesta contra lo existente o lo antiguo. Colocan sistemáticamente la felicidad del pueblo—regentado por ellos, naturalmente—en un porvenir fantástico que por lo mismo que es desconocido nada cuesta pintar con los mejores colores.

La dialéctica revolucionaria, bien se sabe que no es otra

cosa sino "una polémica con el pasado", como decía cierto popularísimo hombre de derechas hace pocos días hablando de la constitución que nos han hecho los masones. Es de ver la iluminada fruición, el fanático coraje con que las clases que llamamos desheredadas acogen ese enfado verboso de los revolucionarios al uso marxista o liberalesco para juzgar el pasado. A todas las mentes inferiores les va bien el regalo gratuito de los paraísos imaginarios y aplauden por eso a quien dibuja y promete sin ambages una edad de oro, mucho mejor si es venidera que pasada.

Llegar en la ruptura con el pasado hasta abominar de toda la historia, es una bárbara fechoría y una blasfemia que sólo cabe defender poseyendo el inefable cretinismo de ese ministro de Fomento que dijo: "Nada hay que conservar".

Hay que conservar y restaurar

Hay, sí, que conservar, y sobre todo hay que restaurar. Tenemos que conservar, fomentándole, el sentimiento de la unidad hispánica, el respeto sagrado a la integridad familiar, el patrimonio—harto disminuído, es cierto—de sentimiento religioso y honradez social, no menos que la fortaleza económica de pueblo independiente, todavía real a despecho de las acometidas criminales consumadas por la furia parlamentario-socialista.

Y tenemos que restaurar la fe en el destino grandioso histórico de la raza, las concepciones autóctonas de la cultura española, las costumbres cristiano-españolas para regir la administración y cumplir los deberes sociales, así como el

afán de crear y la aptitud para el heroísmo, sustituidos en los últimos tiempos por la cobardía europeizante y el derrotismo individualista.

Contenido revolucionario

Con ese credo conservador y restaurador ya tiene la nueva política un magnífico contenido revolucionario. Poseerá la más brillante capacidad de proselitismo presentando ante el pueblo la viva protesta contra las deserciones antipatrióticas y la dilapidación traidora de energías materiales y valores espirituales en que incurre la ineptitud gobernante.

No menos tajante habrá de ser la protesta contra la tozudez del capitalismo burgués, cerrado a toda transigencia voluntaria con la ya ineludible victoria de una nueva estructura económico-social. La invalidez de las formas capitalistas para llenar el derecho a un bienestar medio de todos los ciudadanos del Estado y equipar a la Nación para conquistas de grandeza, no suele suplirse con remiendos tacaños y tímidas concesiones.

Hay que llegar a una nueva fase económica, con el predominio sindicalista (resurrección gran industrialista de los gremios) que cierre el camino a la ciega irrupción del bolchevique, con soluciones radicales de tipo nacional.

Por otra parte, urge, como decimos, movilizar las fuerzas y las personas todas para reconstruir la Nación e imponer el seguimiento de veredas de grandeza colectiva: todo esto es un programa revolucionario más sincero que el demoliberal o el marxista.

ENSAYO SOBRE EL NACIONALISMO

La utilidad del nacionalismo

Nada teme tanto la bestia roja como el nacionalismo. En España para muchas gentes, casi todo el pueblo, hablar del nacionalismo es ocuparse de las pequeñas particularidades del vasquismo, catalanismo o galleguismo. Precisamente estos movimientos son incompatibles, o al menos contrarios, al nacionalismo de que aquí hablamos: al nacionalismo español.

¿Quién duda que en España está decaída la idea de Patria? No lo está tanto el afecto patriótico, el amor a España, con estarlo mucho. Hay un pueblo verdadero, el que trabaja sin hacer política y no ha consentido en abandonar en manos de los revolucionarios traidores la fidelidad nacional adquirida por naturaleza y tradición: ese pueblo, la aplastante mayoría de la población hispánica, conserva amor a España bastante para ser el germen de una auténtica resurrección nacional.

Más decaída, decimos, que el afecto a la Patria, con estarlo tanto, se encuentra la idea nacional.

El nacionalismo es el movimiento decidido a restaurar esa idea, o si se quiere, la idea misma en sí, para poner en movimiento al pueblo.

Si titulamos este artículo "La utilidad del nacionalismo" es porque queremos hablar, brevemente, más que de su definición, de su conveniencia en la fase actual de la vida española.

En la recientísima admonición o repasata que los comunistas españoles, el partido de los traidores moscovitas, ha recibido de Rusia y que "El Sol" ha publicado ampliamente, una de las órdenes "concretas" que reciben los mercenarios del comunismo de sus amos rusos, es la de demostrarse contra la ofensiva nacionalista.

No ha empezado, puede decirse, ésta y ya el bolcheviquismo invasor, desde el centro de las Rusias, se encuentra vigilante.

Y es que para la internacional bolchevique es bastante dura y de sobra aleccionadora la experiencia de sus luchas en toda Europa—Italia, Francia, Alemania, Hungría, Inglaterra—frente a la idea nacional corporizada en forma de fascismo cuando el peligro lo exige, o simplemente comunión sagrada de todas las fuerzas no traidoras, cuando la audacia roja no ha llegado a los extremos que hacen necesarios aquél.

Frente a un nacionalismo inteligente y juvenil, el comunismo lucha siempre en condiciones de inferioridad, y, al fin, es vencido. Nosotros queremos llevar al convencimiento de nuestros lectores castellanos, y particularmente clavar en los cerebros de los jóvenes que acompañan la actividad hispánica de "LIBERTAD", estas verdades escuetas:

A) Que trabajan contra la prosperidad de España y el

bienestar del pueblo, fuerzas traidoras cuyo desenlace final es el comunismo, encadenadas entre sí a partir de la masonería llamada democracia que hoy gobierna.

B) Que sólo se puede hacer frente a los traidores y trun-car sus planes de barbarización y expolio con un levanta-miento nacionalista.

Caracteres del nacionalismo

1.º El nacionalismo, en sí, no es monárquico ni tampoco antimonárquico.

2.º No es tampoco confesional, pero de ningún modo antirreligioso.

3.º Es un movimiento de lucha múltiple, desenvuelta en todos los terrenos en que la necesidad de sojuzgar a los traidores lo haga preciso, sin excluir, por tanto, la actuación armada. Esta es una nota específica del movimiento.

4.º El nacionalismo debe ser ampliamente popular y, desde luego, revolucionario. Su esencia en este aspecto, es el sindicalismo antiburgués—ordenación forzosa de las fuerzas productoras en un sistema corporativo fuertemente vigilado por el Estado—y a la vez antimarxista, porque excluye las bárbaras ilusiones de una proletarización completa de la sociedad.

Todos los puntos enunciados merecen más amplio desarrollo, que nos proponemos hacer en números sucesivos.

15-II-32

El nacionalismo, ni monárquico, ni republicano

¿No es España tradicionalmente, íntimamente monárquica y religiosa? Luego no puede haber nacionalismo que no sea católico y monárquico. Otra cosa no es nacionalismo español.

Así discurren muchos que no han acertado a concebir el nacionalismo sino como un ropaje más—no decimos disfraz—de sus ideas viejas y de las premisas ciegas, sin duda nobles, de su parcial criterio político.

Nosotros contestamos: "el nacionalismo no es monárquico ni antimonárquico. Tampoco es confesional, pero de ningún modo antirreligioso".

Vamos a concretarnos por hoy, a explicar la primera de esas dos características, que a tantos parecerá incongruente.

¿Es posible que haya quien sinceramente no sea ni monárquico ni republicano?

La opinión española, el ambiente todo de duda política que conmueve y perturba el ser nacional, está dominado por convencionalismos vacuos, por problemas de artificio y por palabras que no aprovechan, a no ser a los políticos que precisamente de la confusión viven.

Uno de los convencionalismos o mitos más burdos y perjudiciales es el de dividir por fuerza a los españoles en republicanos y monárquicos, haciendo irreconciliables a los unos con los otros, sometiendo por necesidad y ante todo al pueblo, a la pugna ruinosa de esas dos tendencias.

Si el nacionalismo, que es un pensamiento esencialmente renovador, revolucionario, quiere limpiar su camino, y el ca-

mino de la nueva política española, de todo lo que traba en la marcha del resurgimiento nacional, debe prescindir austeramente, brutalmente, de la mitología monárquica y de la mitología republicana.

Para el nacionalismo verdadero, no hay más numen que España, ni más venero de consulta que el hondo latir de los deseos del pueblo verdadero.

Cuando este pueblo, libre y claramente, mediante una voz de pujante sinceridad hispana diga que es monárquico, la monarquía sea la forma del nacionalismo. Y mientras la República sea consentida por el pueblo, lo mismo que si auténticamente es elegida por la voz histórica—que bien puede ser distinta que la voz electoral—de la nación hispana, respétese la República como forma del nacionalismo.

La "consustancialidad" monárquica de ayer, lo mismo que el salvaje fanatismo republicano de hoy, son posturas perturbadoras y antipatrióticas.

Y a los traidores que se han adueñado de los mandos, y quieren ocultar su ineptitud famélica, sus ambiciones rapaces y sus planes de barbarización antinacional, bajo la espesa hipocresía de los problemas artificiales, les va muy bien con la lucha loca de los ciudadanos en torno al respectivo mito.

Eso de la defensa de la República, y el truco gastado de las "provocaciones monárquicas" es un comodín harto beneficioso para que los maleantes encumbrados esquiven sus responsabilidades y retrasen indefinidamente la solución de los problemas positivos.

Necio sería el nacionalismo si cándidamente hiciera de comparsa en ese juego de espejuelos, enredándose como casi todos los partidos en la trama incauta de las intransigencias sobre la forma de gobierno.

No: Hay algo que importa más que el nombre del régimen, y es su calidad de nacional o antinacional. El nacionalismo

parte—por definición—de un luminoso convencimiento: el de que hay una nacionalidad postergada y una cuestión de independencia que urge solucionar radicalmente porque es de vida o muerte. España está dominada por fuerzas extrañas, por españoles traidores que sirven de ejecutoras a los planes concebidos fuera de la nación en contra nuestra, y este problema de restauración patriótica importa más que el de restauración monárquica y que el de consolidación republicana.

Quien prenda la suerte de España a la soberanía de una determinada persona, vuelve las espaldas al problema nacionalista y se empeña en detener al pueblo en preocupaciones insustanciales, lo mismo que esos traidores que han dicho: "Ante todo la República". El grito y el nervio nacionalista no puede ser otro que este sincero, práctico, rabiosamente sentido: ESPAÑA SOBRE TODO.

22-II-32.

El nacionalismo no debe ser confesional

Decir que es "confesional" un movimiento político, significa que éste se determina, de modo directo y específico, a enarbolar la religión como uno de sus lemas, a su defensa como uno de los fines característicos del partido.

En este sentido es como decimos que el nacionalismo, concretamente el nacionalismo español, no debe ser confesional. Esta afirmación, si no choca—de ningún modo—con la doctrina y las normas generales o concretas de la Iglesia, sí choca con el parecer de un sinnúmero de católicos de los que podemos llamar "militantes", o católicos entusiastas.

¿Con que el nacionalismo español debe o puede ser anticatólico? ¿Es que a la España nacional, la verdadera, la de la historia gloriosa, se la puede separar de la religión católica?

Ya los que así preguntan entienden colocar al pensamiento nacionalista en una estrecha disyuntiva: si contestamos de modo desfavorable a la intención de las preguntas, nos replicarán: "¡Pues eso no es nacionalismo español!" Y si respondemos—como sin duda es más exacto—de conformidad con el sentido de las preguntas, argüirá seguidamente el católico receloso: luego el nacionalismo español debe ser nacionalismo católico, es decir, confesional.

Y aquí está el error. Porque podemos reconocer que la grandeza de España va enlazada a su catolicidad, aceptar que el nacionalismo no puede ser anticatólico, y sostener, sin embargo, como es nuestra tesis: "EL NACIONALISMO ESPAÑOL NO DEBE SER CONFESIONAL, no debe ser nacionalismo católico".

¿RAZONES? Son innumerables: imposibles de situar completamente en un artículo y además de tan gruesa importancia y conveniencia, lo mismo desde el punto de vista religioso que desde el punto de vista nacional, que sólo se explica la discrepancia de muchos temperamentos de derecha por una de esas formaciones impulsivas y rutinarias tan acreditadas y extendidas en los modos políticos del catolicismo español militante.

1.º El nacionalismo, por principio, y bajo pena de extinción, es un movimiento nacional totalitario, esto es, encaminado a dominar en la nación por completo.

2.º El nacionalismo ha de ser, en esencia, desde el primer instante, popular: con mayores aptitudes de popularidad que ningún partido político.

3.º El pueblo español, en su generalidad, comprendiendo

todas las regiones de nuestro territorio, no posee catolicismo militante. Esto no quiere decir que la mayoría de España sea anticatólica.

4.º El nacionalismo va a disputar amplia y rápidamente la hegemonía de la masa obrera a las organizaciones marxistas: y los obreros, en su mayor parte, no son confesionales, no son católicos militantes.

5.º El nacionalismo es un movimiento de lucha; debe llegar incluso a las actuaciones guerreras, de violencia, en servicio de España contra los traidores de dentro de ella. No es posible, ni conviene, ejercitar esas violencias en la política con la Religión como bandera.

6.º Como movimiento esencial espiritualista, es decir, inspirado y basado en virtudes cívicas, el culto a la Patria, la veneración de la propia Historia, el respeto a la jerarquía, la abnegación en beneficio del pueblo, la defensa de la familia cristiana, el nacionalismo respeta eficazmente a la Religión Católica.

7.º Decir que no es confesional no significa que el nacionalismo sea neutro. Es, precisamente, enemigo declarado de las fuerzas que se llaman neutras: liberalismo, masonería.

Como hay materia para más de un artículo, no pretendemos haber agotado las razones o proposiciones que fortalecen nuestra tesis; dejamos para números sucesivos el desarrollo de esas razones. Hay muchos jóvenes que sueñan con el fervor nacionalista, que anhelan ver hecho carne un gran movimiento de independencia con ese nombre, y que formados en el seno del catolicismo práctico y entusiasta, se hallan preocupados por la tenaz oposición al nacionalismo, tal como aquí le entendemos y debe entenderse, que es desprovisto de una especial protección de fe católica.

A muchos de ellos les aconsejamos lean o releen la cono-

cida pastoral colectiva de los Obispos españoles, en la que pueden aprender tranquilidad y tolerancia.

Que recuerden concretamente las palabras de Jesús, en esa carta recordadas: "El que no está contra vosotros, en favor de vosotros está", y que no afirmen con mezquina intransigencia que esté retirado de Cristo el hombre o el partido que no esté con El, pero que tampoco esté contra los principios inmutables de justicia, de honestidad y fraternidad cristianas, regentados por la Iglesia.

29-II-32

Por qué no es confesional el nacionalismo

Debemos barrer el problema artificial

Es incalculable el daño que recibe una religión cuando sus derechos y prerrogativas, sus dogmas y sus ritos, se traen de continuo al palenque de las luchas políticas. Con fino sentido de su misión y su conveniencia, la Iglesia Romana dice: "No entro en la política mientras la política no entre en el altar".

La danza de la política alrededor de lo religioso, es en los tiempos actuales un compromiso y un apetito de los enemigos de la Iglesia. Masones, judíos y marxistas, que con tanta frecuencia son una misma cosa, encuentran un colosal ali-

ciente en la lucha político-religiosa: viven haciendo lo contrario de lo que dicen y diciendo lo contrario de lo que hacen. Proclaman la separación de lo religioso de lo político, y no duermen espoleados por su preocupación antirreligiosa.

El llamado "anticlericalismo", que es la máscara demagógica de la política anticristiana, tiene bien probada su voracidad contra el catolicismo: continuamente sirve para que la política invada el altar y su fin cierto es raer la Religión de las generaciones venideras utilizando el monopolio y la coacción política. Todo ello, como se sabe, a título de liberalismo.

Ante esta táctica persecutoria, no cabe dudar que la Iglesia debe defenderse. Y es tan normal como justo que, valiéndose de la emoción religiosa de sus hijos, entable una defensa adecuada en el terreno de la política. De ahí los partidos católicos.

En España, como en Alemania, Bélgica o Austria, los partidos católicos tienen su origen en la persecución: son movimientos defensivos contra la aparición de una política llamada de ordinario neutral o liberal que tiende a regir a la Religión.

* * *

Y aquí entra el nacionalismo preguntando: ¿no puede haber un movimiento que sin ser "el defensor" de la Religión tienda a eliminar el motivo religioso de las luchas políticas?

El nacionalismo afirma que el llamado problema "religioso" en España, es una invención de políticos y sectas hipócritas que no van a resolver una cuestión existente, sino que la han creado para sus fines anticristianos. Es un pretexto para disimular un apetito persecutorio que al pueblo repugna, una fuente de recursos demagógicos para embaucar a los ignorantes, una pantalla para encubrir ineptitudes y un comodín para eludir fracasos. Los llamados "anticlericales"

son los políticos de la hipocresía profesional: ocupan el primer lugar entre los traidores, que el nacionalismo debe barrer.

Posición religiosa del nacionalismo

España necesita, dice el pensamiento nacionalista, una convulsión de su pueblo verdadero, de la totalidad genuina del pueblo no embaucado por los traidores, que elimine a éstos y a los problemas artificiales o hipócritas que han suscitado para su lucro: uno de ellos es el problema religioso.

La verdadera juventud del pensamiento nacionalista, la virtud suprema y de verdad revolucionaria del mismo, radica en ver las cosas, las situaciones y los problemas con un prisma distinto, por lo elevado y amplio, de las parcialidades políticas vigentes: viene el nacionalismo, como hemos dicho en el artículo anterior, a hacer una política totalitaria; es decir, a dominar en la Nación por completo, no admitiendo como en las carcomidas democracias liberales—preludio insensato de la tiranía materialista—una "oposición" política que dispute el mando y perpetúe la discordia en la política.

Por eso debe empezar por eliminar francamente uno de los afanes parciales, divisorios, antipatrióticos, de la masonería hoy dominante: la persecución religiosa. Pero también por ser totalitario, por no representar a ninguna fracción religiosa aunque ésta sea mayoritaria como la católica en España, el nacionalismo, que es hoy la aspiración y será mañana la encarnación única del Estado Español, no tiene por qué ser un movimiento dedicado a defender a la Religión: no

puede ser confesional en la lucha, sin perjuicio de lo que LA NACION quiere que sea el triunfo.

Dentro de él caben—¿quién osa negarlo?—los católicos tibios que no quieren militar en un partido confesional, los indiferentes y los descreídos, con esta condición: que no lleven anhelos persecutorios encubiertos, como es norma de los elementos llamados "neutros", y esta otra: que sintiendo a España en su grandeza espiritual y aspirando a fortalecerla, respeten la religión de nuestra progenie histórica y encarezcan francamente sus libertades y derechos.

En otros artículos abundaremos en las razones que son de añadir a las hoy expuestas, girando en torno a las siete afirmaciones que en el trabajo anterior puntualizábamos.

7-III-32.

Sigamos hablando

"No toques más ese tema. Déjalo ya..." Dicen con el mayor cariño, según creo, los que auscultan la alarma, y participan de ella, que entre algunos temperamentos de derechas han producido dos artículos afirmando: "El nacionalismo no debe ser confesional".

Para los alarmados, este modesto divagador ha herido "la conciencia católica" de muchos lectores. Causaría risa a los enemigos que lo advirtieran ver que un católico como el que firma al pie de estos artículos "alarma" a los católicos: que haya quienes detrás de esta firma vislumbren un peligro herético...

* * *

¡Tiene gracia!

Para esas conciencias de cristal delicado, que mucho ganarían en peso y en prudencia remediando su fragilidad con la lectura desusada de las Encíclicas, de algún capítulo de teología moral y de diversas pastorales adaptadas a estos temas, entre ellas la última "Colectiva" de los Obispos españoles, escribimos principalmente estas líneas de hoy.

Lo primero, lectores, que se nos ocurre ante la alarma de ese grupo amigo, es preguntarle: ¿Pero de verdad habéis leído los artículos que os escandalizan? Más parece que os habéis parado en el título, o al menos que solamente éste, sin las razones que a su pie le desenvuelven, se os quedó en la mente.

Acostumbrados los católicos a tocar con desgraciada frecuencia los frutos amargos de la hipocresía "neutral" y "aconfesional", miramos con razonable, con harto justificada prevención, todo lo que se muestra como no confesional: sin duda ese estado de ánimo establecido ha hecho que algunos entusiastas de **Libertad** hayan visto motivo de rebato, se hayan aprestado, como ahora se dice, "a echar los cierres" en cuanto han leído en letras titulares que algo "no debe ser confesional".

Levantad las puertas, ved que no hay tempestad ni motivo de rebato, y salgamos pacíficamente a seguir hablando de estas cosas, comenzando, si os parece que el asunto lo requiere y la historia del periódico lo merece, por leer o releer, con atención y sin temor, los artículos que han precedido a éste.

Y aquí continuemos.

Hay un error o exceso muy extendido entre un calificado sector del campo de derechas: el de afirmar que todos los católicos de España, si han de actuar en política, están obli-

gados a llevar en vanguardia, como bandera de guerra la consigna religiosa.

A nosotros no nos parece mal, si no excelente, que esto lo hagan cuantos católicos quieran y creemos que la provocación de tantos elementos conjurados por la masonería contra Cristo, de sobra justifica que todo el que sienta ardor militante religiosa escriba el lema de RELIGION en el primer lugar de sus programas políticos. Mientras la Iglesia se ve perseguida o en peligro de serlo, es justo que los fieles se agrupen en torno de ella para defenderla en la política: bien están los partidos políticos, decimos, pues, repitiendo.

* * *

Pero es el hecho que innumerables españoles, millones de ciudadanos que componen sin duda la mayoría efectiva de la Nación, el grueso de esa llamada "masa neutra", cuya conquista en política es el elemento decisivo del triunfo, muestra repugnancia o desdén, cien veces patentizados a entrar en uno de los partidos del catolicismo militante. Esto es evidente, dolorosamente comprobado en forma ya histórica, y no hay que esforzarse en demostrarlo. Un sector inmenso, sin duda mayoritario de los españoles de todas las regiones y clases sociales, no se muestra propicio a engrosar los partidos que tiene por fin específico "la defensa de la Religión".

¿Qué hemos de hacer con ellos?...

Convencerlos: muy bien. Pero mientras se convencen unos y otros, la política corre, los hechos se apresuran, y otros partidos, precisamente enemigos de la Iglesia, actúan y triunfan con los votos de esos españoles.

Rechazarles: ¿rechazar a la "masa neutra", al gran pueblo?

¿Quién triunfará en política sin ese imponente elemento?

Abandonarlos: es lo mismo que entregarlos en manos de los partidos anti-españoles y anti-cristianos, únicos que existen al lado o enfrente de los partidos confesionales.

* * *

Este es el gran problema: que no hay un movimiento lo bastante popular, y adaptado al sentimiento medio del gran pueblo capaz de conseguir a un mismo tiempo estos dos grandes bienes: dotar a España de un instrumento de transformación política, para reanudar la propia historia y crear un estado eficiente.

Rescatar a la opinión media de la servidumbre masónica de prensa y partidos, y al proletariado de la aberración marxista.

Este es el cometido del nacionalismo, y a conseguirlo deben subordinarse las nimiedades de título y emblema que no sean más que eso: nimiedades y escrúpulos.

14-III-32.

**A la grosera provocación de los marxistas, la Nación debe responder con una acción armada. ¡Viva España libre!
¡Muera el marxismo!**

La esclavitud de hoy

No sabemos si la divertida y vana sociedad burguesa que se dejó vencer ante las mentirosas sugerencias de la revolución masónica del año 31, patentizará su invalidez ovina hasta el grado que la casta marxista supone al lanzar su manifiesto.

Ningún pueblo puede tenerse por esclavo más envilecido que aquel que sirve de juguete a un tirano puerco y veleidoso, como el socialismo español.

Aun los más esclavos entre los hombres que en el mundo romano tenían el triste papel de *cosa*, contaban a menudo con la conducta rectilínea y la palabra firme del orgulloso "cives".

Pero el pueblo español—esclavo de una casta que tiene clavadas sus ventosas insaciables en el Presupuesto público y en la riqueza privada—no puede permitirse ni el lujo vergonzante de conocer de antemano la voluntad o las intenciones de sus dominadores.

No tenemos frente al inculto marxismo gobernante ni siquiera el derecho a saber la verdad; y mucho menos el de

la lealtad y la consecuencia en los dictadores. El desprecio de éstos a la Nación llega hasta tal punto que al año después de tomar al país por la coartada electoral, proclaman su derecho absoluto y perpetuo sobre el mismo.

Vinieron en nombre de la emancipación del país y hoy le declaran siervo suyo, obligado a soportar todo género de violencias y crímenes. Exigen responsabilidades a una dictadura que fué leal y benéfica, sin otros traidores que los socialistas adheridos a ella, y al mismo tiempo ejercen la dictadura del enchufe, de los monopolios inmorales, del crimen en las calles y del acceso a la conciencia cristiana del país.

Ha acertado el desdichado pueblo español a sacar de su seno y entregar su suerte a las partidas más desprovistas de toda ética; a grupos del hampa que poseen la misma moralidad de los que matan por la espalda en busca de la cartera.

El País ha sido víctima del atraco traidor de los marxistas. Nos tememos que la pobre y decadente sociedad burguesa acepte temblando el yugo de los miserables.

El deber de la juventud

¡JOVENES ESPAÑOLES! Esta es la hora de acudir al arma. **Abandonad por el tiempo que la Patria lo pida vuestro confiado vivir** y alejaos rápidamente de la divertida e inconsciente sociedad que ha permitido esta abyección nacional.

Necesitamos una organización tenaz y atrevida, superior a los obstáculos de la tiranía. Busquemos todos una santa disciplina, una sujeción marcial que nos habilite para arrojar por la fuerza al enemigo que con la fuerza amenaza.

Es la hora de reconquistar por la fuerza, si la fuerza criminal del marxismo se opone, la digna libertad de la España fiel y cristiana. No temáis a un enemigo que es tan cobarde como criminal y cuya fanfarronería es aún mayor que sus malos instintos.

Cuando se trata de rechazar a una tiranía extraña y librar a la fuerte España de un yugo inmundo, no se debe mirar a las consecuencias. Los fanfarrones enchufistas, cucos degenerados, y literatos chirles que dirigen las Casas del Pueblo, no cuentan con la voluntad del obrero español, engañado en parte y en parte sometido a una rutina libertaria que es fácil deshacer.

Creed, jóvenes, que el enemigo es pequeño: España es mucho más grande que el marxismo. Bastan en cada provincia unos centenares de jóvenes guerreros, disciplinados, idealistas, para dar en el polvo con ese sucio fantasma de la amenaza roja.

Por España libre, grande, única, respondamos con el arma en la mano a la provocación de los que preconizan el crimen. Formemos los cuadros de la juventud patriótica y belicosa. ¡Amemos la guerra y adelante!...

18-VII-32.

EL ESTADO NACIONAL

El Estado Nacional

I

Obrar más y discutir menos.-La fecha funesta.-Del siglo XVIII, al 28 de Junio; de Napoleón a Herriot

Declaremos ante todo nuestra falta de entusiasmo por los tratos, sistemas y programas políticos: la atmósfera pública española está saturada de controversia. Sobran, desde hace mucho, recetas y proclamas de salud política. La afición insaciable de los profesionales a charlas y disputas en torno a la posesión del Poder político, alcanzó una plenitud de borrachera en el período inmediatamente anterior y posterior a la pseudorrevolución de abril. Hoy la opinión siente ya el empacho de la verborrea y caen rápidamente en el descrédito las insolentes chicharras de Prensa y Parlamento, para las que todo el año es verano...

El pueblo pide hechos, escarmentado una vez más—aunque no para siempre—de la abundancia de palabras. Y lo

que el pueblo pide, cuadra bien con lo que la destreza política aconseja en estos momentos al que busque ante todo la eficacia: **obrar más y discutir menos.**

Intentaremos, pues, concentrar en breves fundamentos la orientación a que una juventud sana tiene derecho para actuar con gran eficacia al servicio de España.

* * *

La aspiración primera, por el tiempo y por la importancia, es restaurar el Estado Nacional. Restaurar no es traer de nuevo ninguna política que se fué. Ni siquiera tiene relación esa palabra, en mi lenguaje, con la reimplantación de magistraturas hoy desaparecidas: restaurar el Estado Nacional es alumbrar de nuevo las fuentes de la legitimidad popular, para proseguir la historia de una España independiente.

Nuestra Historia no se divide como la interesada especulación de los partidos quiere. Tratando sólo—como es ahora nuestro intento—de los últimos tiempos, no puede honradamente hablarse de la aparición de la democracia, tras la derrota de una dictadura. Ni importa tampoco anotar, como hecho de perpetua substancia, la desaparición de la forma monárquica para ser sustituida por la republicana. Todos esos moldes de opinión, todos esos convencionalismos y far-sas creados por una política de aprovechada confusión, importan sólo accidentalmente.

Lo importante de averiguar y pregonar es en qué momento y magnitud ha perdido España la facultad de dirigirse conforme a sus aspiraciones y destinos. Más concretamente: cuándo se ha visto despojado el pueblo en el conjunto de su grandeza nacional, de la posibilidad de crear un Estado exclusivamente español. Más concretamente todavía: cuándo hemos perdido la libertad de ser españoles, con todos los derechos y ventajas naturales de esta cualidad.

Nosotros señalamos como data funesta de la máxima desnacionalización la del 28 de junio. La etapa que corre desde el 12 de abril al 28 de junio de 1931, es corta pero separa dos hechos profundamente diversos.

El 12 de abril significa un cambio de forma que aunque pueda juzgarse equivocado y constitutivo de una ofuscación popular, nadie podrá recusarle por insincero. El pueblo que aquello votó, lo quiso libremente. Esto nadie lo niega, aunque se ha olvidado demasiado fácilmente la diferencia entre el tenor del voto rural—el voto de la mayoría—y el tenor de la minoría de vanguardia, alojada en las ciudades, que fué la que prevaleció.

Equivocación, ofuscación, postergación abusiva del voto rural, todo esto hubo el 12 de abril. Pero, al fin, es cierto que en aquella fecha y en la del 14 no se decidió más que la forma; con ello no se violentó la voluntad de España ni se torció alevosamente su destino. Esto ocurrió dos meses y medio después, con la emboscada constituyente que venía preparándose en la sombra, desde muchos tiempos atrás.

Cualquier tiempo es bueno, por muy antiguo que parezca, para encontrar en él preparativos de la gran batalla reñida y ganada por los enemigos de España el 28 de junio. El ministro De los Ríos, caracterizada figura judeomasónica, en un discurso reciente, sitúa en el siglo XVIII el punto de partida de los autores de la España (nosotros decimos Anti-españa) del 28 de junio. Dejémosle así, pues por algo lo dirá quien tanto sabe de ello.

El siglo XVIII es el de la entrada de los Borbones, de las logias, de la enciclopedia, de los gustos y tratados franceses; es el de la verdadera invasión, desgraciadamente no sacudida por la cultura española, como por el contrario fueron expulsados por los pechos españoles el rey y el empe-

rador francés que vinieron luego con las armas a coronar aquella invasión de la cultura.

Por confesión del marxista aristocrático De los Ríos, el 28 de junio es la coronación política de aquella coronación, para él gloriosa, que comenzó en el siglo XVIII.

La entrada de Herriot por Fuenterrabía-Irún para estrechar con mano fraternal a los amos de la España del 28 de junio, después que éstos se sintieron bastante señores de ella, es un chispazo estupendamente simbólico, que sale de la tumba de Napoleón alumbrando la muerte de nuestro Estado Nacional, consumada en la fecha funesta.

28-XI-32

II

Trampa «conjuncionista».-La gran estafa.-España libre y sus enemigos

Un enredo político inventado para dar al pueblo español el trágico chasco, se llamó "Conjunción republicano-socialista". El pobre pueblo, el infeliz rebaño de hombres provistos de una papeleta, que mil veces elegirá en las urnas a los charlatanes más abyectos y cínicos, no supo averiguar lo que había detrás de aquella fachada de armonía, de virginidad republicana adornada con toda suerte de buenas promesas.

Al votar "a la Conjunción"—con aquella pesada mayoría de la que hace pocos días se ufanaba Manuel Azaña—la masa simplona, confiada y cobarde de los colegios electorales

votaba a la república burguesa, al máximo de conservación, decencia y orden que en aquellas circunstancias creían prácticamente posibles. Votaba, como lo había hecho siempre, el Ministerio de la Gobernación, encarnado entonces en el enérgico (por las palabras y formalote por los discursos) Miguel Maura; votaba a la cabeza visible del tinglado conjuncionista, al sonriente y florido D. Niceto, que el día de su conversión republicana anunció en Valencia una república conservadora con ribetes de clerical, "fundada en el respeto religioso de todos los derechos y de todas las libertades individuales".

Conviene que la juventud grave en su mente, por ser lo más trascendental de la falsa revolución republicana, el carácter y el ambiente de aquel comicio del 28 de junio.

"Hay que sostener a éstos si queremos librarnos del caos"—fué la voz cobarde e ingénua, sí, pero no depravada ni mucho menos revolucionaria, de aquellas figuras humanas que acudieron en número de millones a votar a la Conjunción. La burguesía de la clase media, el pequeño propietario y el campesino—voces decisivas en pruebas de esta índole—oscilaban entre el terror levantado con los incendios de mayo, el matonismo electoral protegido por el Gobierno, y la ilusión todavía tierna de una prometida era de libertad igual, con respeto sincero a personas, bienes y opiniones.

Nadie sabía en aquellas alturas lo que "radical-socialista" significaba; muchos entendieron que se trataba de socialistas humanizados, de gente intelectual y moderna—tipo del conferenciante Domingo—bien avenida con el derecho de propiedad. Los socialistas entonces, parecían el escudo más a mano contra el extremismo anarco-comunista. Acción republicana, algo muy republicano y por tanto muy liberal, representado por gente de algún dinero, o por altos empleados ex-monárquicos. Lerroux era el patriarca converso de sus

locuras juveniles, esperanza tan luminosa como viril de la república conservadora. Azaña, el ateneísta, figura de segundo orden que donde quiera hablaba iba del brazo de Lerroux, con el debido respeto hacia la preeminencia política de éste...

Y así salió la mayoría; como un bloque indistinto de republicanismo liberal, como un sacerdocio puro de la nueva religión constitucional que ampararía a todos, respetaría a todos, defendería a la producción y mejoraría pacíficamente al obrero... La anarquía quedaba detenida por "el magnífico ejemplo de sensatez ciudadana que España estaba dando"; la reacción no turbaría jamás la paz política de un pueblo tan consciente y tan republicano, y todos cabríamos a nuestras anchas en el seno de una magna, tierna madre común: la Constitución.

Así fué; exacto, dirá quien lo lea. Así fué, pero así no ha sido. Ocioso, por demasiado conocido, me parece describir el contraste de los resultados con las promesas. Me limitaré a copiar unas breves palabras con las que un diputado de Maura (el ministro del 12—o del 14—de abril) se ha atrevido a pronunciar hace poco la gran verdad: "como lo que prometieron era muy distinto de lo que se ha hecho, han cometido una verdadera estafa".

Ahí está la palabra. Un año antes que ese político desengañado, político del 12 de abril, la pronunció el diputado Sáinz Rodríguez en Santander; un poco antes aún, cuando apenas se mostraban los frutos del 28 de junio, la pronunciamos algunos jóvenes en un semanario vallisoletano, de saneamiento político. Y esta palabra—la estafa, la GRAN ESTAFA—aplicada al hecho histórico de la fecha funesta, es la que debe aprender bien, repetir millares de veces y rumiarse con amargura y cólera la Juventud nacional, para ir preparando su venganza.

Esa palabra califica y resume lo que en el artículo anterior llamábamos nosotros "la emboscada constituyente".

* * *

No podían actuar de otro modo que con el fraude los enemigos de la libre España, que entre sombras trabajan durante siglos continuados para abatir este fortín de independencia espiritual y económica.

España, mientras lo sea, ha de responder al genio y a los antecedentes señoriales de su raza, extendida por los continentes viejo y nuevo. Era, antes de la batalla política ganada por los invasores, un pueblo que caminaba callado y seguro hacia su reconstrucción.

Saneaba su hacienda, mientras las naciones orgullosas que secularmente nos envidiaron y, coaligadas, destrozaron nuestro imperio, se veían enredadas en las trampas de su locura progresista y belicosa, asfixiadas por ese fantasma supernacional (extraño, isébase bien!, EXTRAÑO A NOSOTROS), que llamamos la crisis mundial. Al margen de ella, España ponía en pié sus riquezas dormidas, renovaba pacíficamente su suelo envejecido, barruntaba el reconocimiento de su cultura imperial, hispana y cristiana, y emprendía un camino peligroso para la envidia maligna y la soberbia bien alimentada de sus enemigos de siempre.

Una España independiente y laboriosa, encaminada por vías tranquilas de reconstrucción, es un peligro para la Francia agonizante, diezmada en su población por los vicios masónicos y cercada por la fatal necesidad expansiva de varios pueblos europeos, que experimentan hoy una tormentosa crisis de rejuvenecimiento.

Atacada por la Alemania de hierro que vive prisionera en unos límites antinaturales, y requerida por el ansia de crecimiento de una Italia pletórica, la Francia masónica veía en

la post-guerra (y sobre todo a partir del año 23), una España que también pugnaba por rejuvenecerse y reencontrarse. En esas condiciones, nuestra nación, por la ley de su historia y de su raza, es enemiga espiritual de la Francia agonizante.

Nuestra incontaminación imperialista, nuestra salud económica derivada de la neutralidad, nos ponían en aptitud para desempeñar en el mundo, otra vez, un papel digno. Prescindiendo de una más o menos remota solidaridad con Portugal, y nuestro antiguo Imperio, era evidente que España, sana en sus finanzas, progresiva en su agricultura y casi autónoma con su creciente prosperidad industrial, sería un peón decisivo en el juego inevitable de las competencias internacionales de Europa, y sobre todo del Mediterráneo. Y también, era evidente que ese valioso peón no se entregaría a la Francia masónica, a la nación de los invasores, mientras tuviese un Estado nacional. De ahí la necesidad franco-masónica de desnacionalizar a España. De ahí la "emboscada constituyente" que el pueblo no supo descubrir.

5-XII-32

III

La pérdida del Estado Nacional.- Por Europa y contra la Nación.- ¿Una colonia masónica?- Los antiguos y modernos «pactos de familia»

A un pueblo que pierde su rumbo propio, fácilmente se le destruye, imponiéndole los gustos y agitaciones que de fuera vienen. Esto ha sucedido con España, desde que creyó oficial-

mente en la necesidad de "europeizarse". Europeización ha sido siempre entre nosotros lo mismo que desnacionalización.

El proceso de desnacionalización, coronado por el triunfo constituyente del 28 de junio, ha encontrado siempre ejecutores españoles, pero el impulso fué permanentemente extranjero. Se sigue en esto una línea continuada, una cadena de eslabones gemelos iniciada cuando los Borbones de Versalles manejaban con sus embajadores la corte de los Borbones de Madrid, y subsistente en la actual época de las turbias Internacionales.

Cuando Aranda y Floridablanca recibían con servil emoción los alientos pedantescos de Rousseau o la maligna adulación de Voltaire, tejían los lazos de la inferioridad española que los demagogos de las Constituyentes no han hecho más que apretar.

Para nosotros hay una concordancia perfecta entre las invectivas antiespañolas del cínico francés o las del más moderado Montesquieu (acogidas con perruna sumisión por nuestros enciclopedistas del XVIII), y las múltiples arengas con que la masonería viene nutriendo la indigencia mental de nuestros revolucionarios de hogaño.

Siempre se ha tratado de lo mismo: de proclamar los especuladores de allá y aceptar los traidores de acá, que la España histórica es un borrón en la humanidad civilizada, y que se imponía—se impone aún—una rectificación de nuestra Historia.

En París, en Ginebra, en Moscú, se ha hecho y se hace el acopio de las esencias civilizadoras para corregir a España. Las invenciones declamatorias, y los engendros convulsionistas ensayados, y a veces, desechados por Europa, servían luego de biberón cultural a los déspotas, maquiavélicos y arribistas encargados de "europeizar" a España. Da lo mismo que tales personajes instruidos por nuestros enemigos se lla-



masen Aranda, Mendizábal, Ruiz Zorrilla..., o que arrastren hoy los tristes apellidos de Azaña, ¡Albornozi!, Maciá. Cada uno en su categoría.

Todos los mitos progresistas y todas las quimeras societarias son discurridos por ideólogos y políticos de las naciones imperialistas como Francia. Pero la experimentación radical con todas las consecuencias y haciendo caso omiso de escarmientos, se reserva para los pueblos destinados por los amos secretos del mundo a vivir en perpétua inferioridad. Esta es la suerte de Rusia, de España, y de las otras naciones de estirpe ibérica, condenadas a común decadencia y a continuas perturbaciones por haber cometido el pecado de renegar de sí mismas y aborrecer su propia historia.

El impulso de desnacionalización, como venimos diciendo, es extranjero; llámase con frecuencia internacional, pero obedece casi siempre a cálculos y proyectos de naciones mercantiles o, simplemente, enemigas.

Mas eso, es lo que no se vé. Lo que vemos todos son protagonistas paisanos, catequizados o contratados por potencias ocultas y superiores, que cultivan sus apetitos de gloria y dinero a la vez que cumplen los designios de amos invisibles con campañas revolucionarias, vacías y mendaces.

Un ejemplo de ellas es la que en España desembocó y venció con lo que en nuestro artículo precedente llamábamos LA GRAN ESTAFA.

* * *

Cuando partían de París para Madrid, Prieto, Ramón Franco, y algunos otros políticos que a raíz del 12 de abril, venían a madurar la emboscada constituyente, acudieron en despedida a la Estación de Austerlitz los "maestros del Gran Oriente francés".

No se nos olvidará nunca aquél momento de fanatismo

sectario, de vergonzosa docilidad que a través de la prensa de aquellos días nos fué dado contemplar.

Con aquel episodio salía a luz—en un extraño raptó de sinceridad—algo de lo mucho que en la oscuridad de las logias se trama continuamente para la conquista espiritual—y económica!—de España. El Gran Oriente despedía jubiloso a sus súbditos españoles: uno de ellos, Franco, dejando escapar algo de los pocos secretos que es de suponer le hubieran confiado, y como aludiendo a los designios de "la Orden", exclamó con imprudencia:—¡A Roma, a Roma!...

Ya tenían a España: nuestra nación independiente y cristiana, iba a ser convertida en colonia, no de Francia sino algo menos: de la Rue Cadet de París, de la masonería francesa. Faltaba—y falta—Italia. Pero Italia, Roma, poseen un Estado Nacional y no se dejará arrebatar por ahora su independencia.

No será posible conquistar Roma, como quería el turbulento Franco, ni aunque la masonería franco-española renueve en república los fatídicos "Pactos de familia" organizados entre Versalles y San Ildefonso por los monarcas dieciochescos.

¡Qué casualidad! Aquellos tratados, con frecuencia miraban al Mediterráneo, a tierras y principados de Italia y las Islas. También ahora, con motivo del viaje y conversaciones organizados por "la familia" masónica, han sonado nombres mediterráneos: Mahón, Baleares, Italia...

Los "pactos de familia" apresuraron, de desastre en desastre, la ruina de nuestra fortaleza militar y naval, al tiempo que los enciclopedistas taponaban el progreso autónomo de nuestra cultura y enredaban al pueblo en fútiles discordias "progresistas" y constitucionales que aún perduran. Hoy la "familia" masónica franco-española—superior a Herriot, superior a Azaña, superior a Indalecio Prieto—maquina pro-

bablemente nuevas alianzas. ¿Servirá otra vez España de comparsa inferior en beneficio de intereses enemigos?

Mire el lector cómo algunos periódicos afrancesados redactados en Madrid disponen una atmósfera de provocación, tejen la tela de la parcialidad, y preparan con sibilina confusión los pretextos hipócritas de un futuro enredo. La juventud nacional debe estar alerta: es necio hacer caso de rectificaciones solemnes pronunciadas por políticos que mienten siete veces al día. En la podrida anonimidad de cierta prensa madrileña y en los cubículos de la diplomacia maduran intenciones de más distancia y planes más complejos de los que la simplicidad y buena fe española acostumbra a suponer.

12-XII-32

Señales del Estado antinacional

I

Dicen más los hechos que los documentos.-Primer deber de la juventud nacional.-Una enumeración

Los más sensacionales documentos sobre la conjura exterior contra España—si pudieran conseguirse—serían inferiores en elocuencia a lo que la realidad española nos enseña, para comprobar la desnacionalización del Estado. Esta consiste más que en los parentescos humillantes de política exterior—que desde luego existen—, en el rebajamiento y trastorno de la vida interior del país, dedicada a devorar preocupaciones servidas desde fuera.

Como si la misión de la República española "hermana menor" (según la llaman los masones) de la francesa, fuese reestrenar aquí el radicalismo descalabrado hace cincuenta o cien años en el suelo de la irónica y "cruel hermana mayor". Como si la judería internacional hubiese arrendado a

precio de usura la tierra de sus enemigos, para atormentarla con ensayos bolcheviques.

Si se quiere renovar la política de España con signos de eficacia rápida y profunda, es necesario, ANTE TODO, descubrir y cazar cualquier ingerencia de elementos extranjeros en la política, en el movimiento social, en los hechos económicos... y hasta en las colocaciones de bombas e incendios de joyas monumentales.

La juventud con el alma fresca de prejuicios y ardiente de deseos para emprender una lucha vengativa de saneamiento hispano, debe proponerse antes que nada combatir esas participaciones extranacionales en la vida de España. Debe barrer sin piedad a los cómplices interiores, morados o rojos que han asaltado o proyectan asaltar el presupuesto, las libertades y el fortín espiritual de la raza para saciar sus apetitos de estómago o venganza y servir la nación hecha cenizas a los amos ocultos que no son españoles.

Por ser la reconquista del Estado Nacional la primera aspiración de una política de renovación total, tratamos en estos primeros artículos de mostrar a la juventud nacionalista que comienza a alentar el proceso y las señales de la pérdida del ESTADO NACIONAL (1).

Sean leer, los que de una vez deseen juzgar con verdad la vergonzosa situación española, en hechos que a diario encuentran corroboración e incremento. Ellos denuncian, con certeza indisimulable, a dónde se quiere llevar a España y de dónde puede venir el impulso que tales resultados procura. "Por las obras les conoceremos" a nuestros enemigos.

Vamos a permitirnos puntualizar los hechos más típicos de desnacionalización. El que sepa leer en ellos, lea.

(1) Dada la índole periodística de nuestros trabajos, no hacemos más que apuntar ideas cuyo desarrollo cumplido y cuya documentación serían más propias de un libro.

Por otra parte, han visto ya la luz en lengua castellana libros demostrativos de la invasión franco-masónica y de los planes judeo-bolcheviques.

1.º La discordia nacionalista

Irrupción de las ambiciones particularistas de políticos y traficantes regionales que complican con alientos blasfemos de separatismo el problema foral o autonómico.

Esta es la división **vertical** de España, que solo pudieron idear fríamente sus rivales o enemigos. El separatismo es el "finis-Hispanie"; la liquidación afrentosa del mayor imperio cristiano de la Humanidad, concebido y creado por los "monarcas que hicieron la patria", Fernando e Isabel.

2.º El confusionismo constituyente

Consiste en la persistente campaña de calumnias contra la España pre-masónica y antimasónica. Consiste también en la implantación sistemática del cinismo, la incompetencia y la mentira para legislar y gobernar.

Con ellos se paraliza la actividad del Estado, se le destruye prácticamente quedando la sociedad civil condenada a no encontrar jamás postura política cómoda, a vivir perpetuamente una vida embrionaria, que eso quiere decir "constituyente". El "constitucionalismo" es la cadena del Prometeo español. Véase aquí la explicación de que los masones no pongan jamás en vigor la ley Constitucional, y que esta sea siempre su bandera de agitación.

3.º La introducción y el cultivo de los odios de clases más extremados

Esta realidad, posible sólo ante la muerte de un Estado Nacional que actuase vigorosamente en defensa propia,

inocula el terror en las capas conservadoras de la sociedad y lanza—con furor endémico—las masas a la anarquía, poseídas de un fanatismo utópico.

Es la disociación horizontal de España. Con ello no corre mejor suerte nuestro país que los territorios bárbaros de Asia y Africa, convertidos en campo de experimentación para los aventureros bolcheviques. Es la perpetuación de una guerra civil, cosa propia de los pueblos inferiores manejados por los extraños.

4.º La ruina económica

Resulta del desorden social, de una política guerrera o persecutoria que posterga la administración a la revolución, y de una burocracia esquilante, siempre en aumento.

Azaña ha llamado tópico al sano principio de "menos política y más administración". El mismo sujeto ha repetido cien veces el "estamos en pie de guerra", que pudiera identificarse con la voz de mando de los que aborrecen nuestro bienestar económico. En la guerra, la producción se aniquila.

Es este el camino del hambre. Es la rota de las finanzas, con el déficit vertiginoso y la pérdida del crédito. Es la desvalorización del suelo, de las minas, de los ferrocarriles, de las obras hidráulicas, que pasan por poco dinero a manos de súbditos ingleses, franceses y de todos aquellos cuyos gobiernos sabrán defenderlos de la persecución que asola al capital español. Es el camino, también, de los empréstitos exteriores, "sanguijuelas de los Estados", como dicen los documentos judíos. Es la pauperización de la clase trabajadora, que será sepultada en la miseria fisiológica.

Es en una palabra, la venta clandestina y de barato de España a los especuladores extranjeros.

5.º La persecución de la cultura

Llamamos cultura, a aquellos valores del espíritu que producen vida civilizadora y sirven para sostenerla. Tal es la unidad familiar, la profesión social de una moral fuerte—la cristiana—y la posesión de instituciones jurídicas encargadas de defender los derechos primarios—vida, honor, propiedad—con imperio justo e imparcial.

La persecución de la honestidad familiar equiparando la familia a las uniones carnales viciosas; la destrucción oficial de la libertad de enseñanza y la coacción pública contra la enseñanza religiosa; la abolición de los derechos temporales de la Iglesia Católica; la indisciplina escolar resultante del ambiente revolucionario; la abolición del concepto jurídico de la propiedad privada con leyes confiscatorias; la adopción del criterio del partido como norma para la provisión de destinos públicos; la violación del derecho de domicilio con deportaciones y de la seguridad personal con encarcelamientos políticos y—por último y muy especialmente—la derogación de la independencia judicial, son otras tantas medidas graves—entre muchas—encaminadas a la destrucción de la cultura en nombre de la república.

Es la eliminación de España de la lista de los pueblos civilizados y libres.

19-XII-32

II

Sublevación contra la Patria. - Ni revolución ni república

Fieles a los propósitos de brevedad que en el primer artículo nos sirvieron de consigna, no hacemos más que apuntar ideas cuyo desenvolvimiento y documentación sería más propio de un libro. Para los jóvenes a quienes principalmente nos dirigimos, entendemos que es por ahora suficiente esta especie de catalogación de pensamientos regeneradores. Así nos será posible tratar, semana tras semana, de todos los principales aspectos del ideario nuevo, de la constitución de una España nacional y sindicalista, sin que la demasiada amplitud de nuestras disertaciones obligue a olvidar las primeras cuando nos aproximemos al final de las mismas.

Por hoy vamos a seguir con la exposición puntualizada de las SEÑALES DEL ESTADO ANTINACIONAL, reduciendo su explicación a lo fundamental.

6.º La sublevación contra la Patria

Consiste en el menosprecio de la historia española, en la repudiación y aun en la injuria oficial de nuestras glorias, en la difamación parlamentaria y gubernativa del Estado y en la carencia de una política exterior rigurosamente nacionalista.

Cuando el jefe práctico del Estado antinacional de hoy,

Azaña, repudió solemnemente—en numerosos discursos—la historia española tal como ha sido en sus épocas de grandeza, dogmatizó contra la patria. A eso equivale el pedante y blasfemo conato de transformar la versión de lo tradicional, buscando la afinidad hispana de Leovigildo, por odio a la España de los trece siglos posteriores.

La indiferencia del socialismo y otros partidos masónicos ante las agresiones separatistas a la nación y ante el espectáculo de su desmembración, son otra muestra de la sublevación táctica contra España, característica del presente Estado.

La abominación oficial de toda la historia de la monarquía española; la presentación indocta y falsaria de las demás naciones como ejemplos de civilización que el pueblo español debe copiar; el furor fratricida de los bandos políticos y de la prensa de partido, atizado, en vez de dominado, por los gobiernos; la destrucción tolerada o alentada por el Poder, de monumentos que son prenda gloriosa del pasado; la postergación de la enseñanza patriótica en las escuelas; la supresión del 2 de Mayo como fiesta oficial; la creación de una bandera de color morado para suplantar a la nacional; la carencia de una política económica nacionalista... he ahí otros tantos signos de la sublevación del Estado actual contra la patria.

7.º El falseamiento revolucionario

Una revolución sólo puede hacerse para engrandecer a una nación o para dañarla gravemente.

Las revoluciones cuestan millones a la Hacienda Pública, por el trastorno que experimenta durante su gestación y después del triunfo; millares de millones a la economía nacional, por la misma razón. Cuestan también zozobras, perse-

cuciones y padecimientos morales y físicos al sector del pueblo que prepara la revolución y al que resulta vencido o elegido como víctima. Requieren además—y esto es lo principal—la confianza y la ilusión histórica de grandes masas a las que se inflige un daño moral gravísimo si la revolución se inutiliza. Con el falseamiento revolucionario, cava un pueblo más honda la fosa del desaliento y acentúa la dificultad de regenerarse y progresar.

Por eso la falsedad revolucionaria—y reformismo, a través de un cambio solemne de las Instituciones—es una obra antinacional, propia de los adversarios de la Patria. Una revolución inútil denota la presencia de móviles extra o antinacionales en su planteamiento o ejecución. Tal ha sucedido con la que triunfó el 28 de junio. Su obra en lo objetivo, en lo nacional, en lo que con provecho general merecía revolución o reforma, es nula o contraproducente.

Considere la juventud la subsistencia del poder personal o extralegal de los caciques; el régimen de clientelas en la administración de favores públicos; la incompetencia de gobernantes y legisladores; la apetencia presupuestívora de los grupos políticos; los escándalos parlamentarios unidos al absentismo en los debates que requieren estudio; la sobrecarga de leyes y reglamentos que se dictan para envanecimiento de los políticos que las suscriben y no para cumplirlas. El aumento escandaloso de los gastos gubernativos—Policía, Guerra, Marina, Clases pasivas—; la marcha ascendente del déficit financiero y de las contribuciones sin mejorar el reparto de éstas; la lentitud, el atraso y la inmoralidad administrativa; el aumento de la burocracia...

Todos los abusos y defectos antiguos, que el pueblo llano quiso ver corregidos a través de la dolorosa prueba revolucionaria, permanecen intangibles. La revolución del 28 de

junio fué inútil para el conjunto de la nación. No está inspirada por políticos nacionales.

8.º La traición contra la República

No sólo los españoles que llegaron a creer en una verdadera revolución o reforma, prescindiendo interiormente del nombre del nuevo régimen, han resultado chasqueados como queda expuesto. También ha sido traicionada la República misma. La República, en sí, podía significar beneficios, justicia, paz. Tiene en su definición teórica la República valores suficientes para informar un ideal. Y hubiera bastado que el Estado republicano actual se atemperase a la sustancia de su nombre para que no pudiera ser tachado de antinacional.

Por eso es esencial la distinción entre el 12 de abril y el 28 de junio. Por eso el fraude y la usurpación contra el pueblo sólo se consumaron con la emboscada constituyente. La República no duró nada: puede decirse que no pasó de los vivas locos y divertidos de los famosos días y del Estatuto-Promesa que publicó el Gobierno Provisional. A tan efímera segunda República española ha sucedido algo menos que un Régimen nuevo y algo más que un Gobierno: el Estado republicano antinacional.

Ved a todos los hombres de cierta responsabilidad moral e intelectual que con alguna verdad son republicanos excluidos, burlados y aun irritados contra el nuevo sistema. Unos, mudos de vergüenza e impotencia: José Ortega, Sánchez Román, Alba...; otros, disparando su enojo contra los burladores, como hacen Maura, Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset. Algunos, oscilando entre la masonería y España, como Lerroux y los suyos.

La Constitución republicana ha tiempo que murió y fué

enterrada. Los pocos políticos y periodistas de la República que sienten a España se hallan, sin excepción, del lado de la protesta; sólo permanecen al servicio del Estado antinacional los que comen por ese servicio. Y no hay pocos todavía, porque el Presupuesto aumenta y los que se venden son legión...

* * *

Podríamos seguir enunciando capítulos de la realidad cotidiana que comprueban la nota de antinacional dominante en el sistema político vigente. Pero con lo expuesto creemos haber proporcionado materiales de pruebas suficientes para que cuantos saben leer en los hechos admitan nuestra tesis sobre la PERDIDA DEL ESTADO NACIONAL.

Ese era el intento de los cinco artículos publicados hasta ahora.

26-XII-32.

La Restauración del Estado Nacional

Conclusión.-Nueva reconquista. - La Libertad que importa.-Distintivo de la nueva política

Reconquistar nuestro Estado; recobrar la España española. Desalojar a los invasores que por la astucia se han adueñado de los mandos, de las riquezas públicas y de todos los resortes de cultura. He aquí las voces dominantes del nuevo movimiento de juventud.

Qué clase de invasión soporta España es lo que hemos intentado explicar hasta aquí con una brevedad que nos pareció adecuada. La conclusión obtenida de nuestras reflexiones anteriores, se formula así: "el 28 de junio del 31 (y no el 12 de abril), con la emboscada constituyente, se adueñaron del Estado los herederos y enviados de quienes trabajan la desnacionalización y la servidumbre de España, singularmente a partir del siglo XVIII. Son instrumentos de potencias extrañas y enemigas los que consumaron la GRAN ESTAFA

del 28 de junio. A partir de esa derrota, la nación camina vertiginosamente a la desmembración y a la anarquía, que es barbarie. España dejará de serlo. Su pueblo conocerá—conoce ya—lo que es el sello de la esclavitud. Esclavitud a la tiranía de los hipócritas y al apetito triunfante de los peores".

Tal es el resumen de la España "constituyente": de la España invadida.

* * *

Si la nación imperial que marcó en el mundo la política y la cultura de una Edad—abriendo un Continente a la civilización, conteniendo la barbarie del Sur y del Oriente, señalando una raya internacional a la corrupción pseudo-cristiana del reformismo—quiere continuar su historia, debe hacer sonar desde este momento una voz evocadora y heroica: RECONQUISTA.

En esa palabra estará la gran originalidad del nuevo movimiento de juventud. Bastará unirse ante el dolor entrañable de que España no es libre, para sentir renacer en el genio hacedor del pueblo una hermandad presidida por los designios más altivos y destinada por tanto a triunfar. La única hermandad hispánica que podrá triunfar totalmente, será la que acierte a recoger lo mejor de la juventud nacional bajo el grito sentido y resuelto de ¡RECONQUISTA! ¡INDEPENDENCIA!

Y sólo cuando los años probasen que la juventud no ha sabido sentir el anhelo tradicional de independencia—el que siempre salvó a España—habría llegado el momento de certificar la aniquilación de la gran Patria. Todo lo que no sea **reconquistar** con resolución intransigente y lucha contumaz la España libre, es convivir con los enemigos de la Nación y consolidar la ruina de ésta. Podrán salvarse porciones escogidas, libertades a medias y luces con eclipses; pero no vol-

veremos a poseer a España si no reconocemos, en su importancia, el hecho cierto de la invasión y conseguimos anularle por la rebeldía, seguida de la victoria.

Se trata, ni más ni menos, que de una nueva Guerra de la Independencia. Las circunstancias y los modos de esta invasión de hogaño nos instruirán, sin embargo, sobre la nueva clase de armas y procedimientos que ha de usar la juventud rebelada en su moderna marcha hacia la libertad.

* * *

La libertad: santo concepto. Con este grito, a diario falsificado, debe empezar también nuestro movimiento, como empezaron todos los revolucionarios. También nosotros diremos ¡VIVA LA LIBERTAD! tan alto, por lo menos, y con mayor nobleza que quienes levantaron merced a ese nombre una industria vergonzosamente floreciente sobre el bobo entusiasmo de los ignorantes. Nuestra "libertad" no es el cobarde deseo individual de estar suelto para esgrimir cada cual sus egoísmos contra los semejantes: "esa es la libertad liberal", inmortal ruleta donde hacen fortuna los profesionales en el arte de embaucar y dividir al pueblo. Esa es la libertad de los parlamentarios, que ampara sus dietas y les absuelve de sus gigantescas culpas; la de quienes lanzan al obrero contra la producción, que es lanzarle al hambre, con el odio a todo y a todos por único consuelo; la libertad de los catalanistas contra España, de los incendiarios impunes, de los delincuentes de la pluma.

De toda esta farsa liberalista o libertaria estamos hartos y enojados. La juventud empeñada en la reconquista del Estado Nacional no debe vacilar en decir ante el espectáculo gangrenoso de la "libertad liberal": ¡MUERA LA LIBERTAD!

Mas no sólo debe morir—para que España sea libre—la libertad dañosa de los enemigos interiores; debe morir tam-

bién, en cuanto sea preciso, la libertad del soldado de la nueva reconquista. Quien se aliste en la campaña de la liberación patria—que no es campaña contra la república, ni tampoco campaña republicana, sino nacional—debe poner voluntariamente su libertad al servicio de España.

En esta inmolación voluntariosa de la libertad del propio YO, ante el designio de una patria renovada y grande, está el distintivo de la nueva política. Sólo esa será de verdad **nueva política**.

El conquistador de nuestro tiempo, como el de los heroicos, en que se forjó la patria con hierro y sangre, debe regalar su vida a su nación.

Es sobradamente ingenuo, y ridículo a fuerza de ser cobarde, esperar todavía que habrá redención para España sin sangre de sacrificio. Querámoslo o no, caminamos hoy por la pendiente de una época de hierro. La barbarie—que aunque vista nombres modernos siempre será barbarie y por tanto sangrienta—es la fosa final del vertedero anarco-masónico por donde rueda España. Y España somos los españoles que en nuestras carnes padeceremos—como ya hemos comenzado—el látigo de barbarie que la conformidad "conservadora" y claudicante ha hecho posible.

Hay que encontrar entusiasmo para la lucha y tomar en ella la ofensiva si queremos ser libres. Y hay que comenzar por tener conciencia de nuestra servidumbre y de la mayor esclavitud que nos espera. Por eso importa tanto que la juventud grave en su mente la idea heroica e intransigente de **RECONQUISTA**.

Signos del nuevo movimiento

Qué son los partidos. - La farsa parlamentaria. Sagrado mito de la «unidad»

El llamamiento de la **nueva política** no debe dirigirse a una determinada categoría de españoles cuyo mérito y lazo de unión sea el de decir "que piensan lo mismo". Mucho menos ha de ser el nuevo partido de clase, ni burgués ni proletario. Su primera singularidad táctica debe estar precisamente en romper el conocido molde de los partidos políticos.

La degradación nacional española es correlativa a la división artificial de los hombres en partidos políticos. Conviene recapacitar sobre un hecho trascendental y constante, que aunque comprobado por todo el mundo, no ha servido todavía para sacar la definitiva lección de repugnancia contra el sistema de partidos. Me refiero a la artificiosidad congénita de éstos, a la falsedad del sistema. No es cierto que

los españoles se clasifiquen por sus ideas como la distribución de grupos en la política quiere aparentarlo.

De hecho, un partido es una sociedad de explotación electoral formada en rededor de unos principios que se voccean más que sienten y de un programa de promesas que no se piensa cumplir. El español por lo general vota a bulto, un día a unos, otro día a otros. La mayor parte de los votantes se inclina por determinados partidos gracias a la amistad con un amigo del candidato respectivo—(caciquismo). Otra gran masa vota por rutina, sin reflexión, ni siquiera momentánea, en favor de quien manda. A otros la misma rutina, poco más consciente, les empuja en el sentido de la máxima propaganda de última hora. No faltan—y esto es lo más triste—quienes votan por coacción lo contrario de aquello que quisieran. Muchos otros no votan a quien va en su papeleta, sino contra el que figura en la de su enemigo personal. Restan los que votan "convencidos" por la bondad o utilidad de un programa, pero que en la siguiente elección—a los pocos días o meses—exhibirán un "convencimiento" opuesto. Y restan, por último, los secuaces constantes y conscientes de una ideología, que la acompañan fielmente con sus votos en todas las coyunturas: éstos son los menos, pero su misma fidelidad ideológica no es prenda suficiente de acierto para escoger a los mejores gobernantes.

Lo que falta en todas las elecciones, lo que no florece nunca eficazmente en el artificioso sistema de los partidos, es el tipo de elector a la vez patriótico y acertado: que elija por amor al bien común y, además, atine con los hombres de verdad convenientes y fieles. Con frecuencia ocurre que no les hay, con lo cual mal puede atinar el elector de buena fe.

La proverbial veleidad, a ratos cómica, y siempre indecorosa y funesta, de la masa electoral española, es prueba

estentórea de una verdad que todos sabemos y nadie proclama con el debido tesón: que el régimen parlamentario es una burda farsa. Eje de la vida política es la hipocresía, y los profesionales de esa vida bien lo saben, aunque todos por mutuo convenio callen y coman manteniendo la ficción con gestos magníficos.

No: España no fué nunca liberal ni conservadora, ciervista o albista, en todo o en pedazos. Ni ahora es jacobina o marxista, lerrouxista o "de izquierda revolucionaria". Ni siquiera republicana. Todos esos son mote que se ponen a sí mismo los que viven de la política para administrar sus habilidades en orden a la caza del poder. Son, también, ropajes de importación recomendados por las logias masónicas y las internacionales invasoras para imponer a la nación unos mitos y unas leyes que la deformen. Con ellos, con esos mote y ropajes, la bobalicona credulidad del pobre pueblo, se figura muy seria "a la altura de Europa", respetando a los figurones y charlatanes y hasta siguiéndolos, pero sin comprenderlos, y desde luego, sin amarlos.

Contra tal espectáculo de miseria moral y de vilipendio ciudadano, debe reaccionar violentamente la juventud ambiciosa de una **nueva política**.

No formaremos un nuevo partido. Tampoco nos inclinaremos al socorrido y fracasado suspiro burgués por "todos los españoles de una buena voluntad sin distinción de ideas y de categorías": Esto es una literatura ingenua de "Unión Patriótica", cuyos bastardos resultados ya se vieron.

Nosotros debemos llamar a una categoría de españoles, una sola, cierto. La de los jóvenes que se atrevan a soñar con una España grande y libre; **los que la sientan con persuasión heroica y sepan entregar su vida a su servicio**.

Dos ideas matrices deben nutrir el ideario, el programa

conjuntivo del nuevo movimiento: UNIDAD y SACRIFICIO. ¡De largo y profundo contenido son estas expresiones!

La **unidad** hace principalmente al fin; el **sacrificio** hace a la táctica.

Unidad queremos, porque el dolor secular de España, como de todo pueblo que decae, no es otro que la falta de unidad. Aquel sistema que asegure una unidad constructiva a la acción del Estado será bueno, y si no hay más que uno que la asegure, sólo ese será bueno. Todos los marbetes de la importación franco-masónica que nos hablan de libertades públicas, derechos de la conciencia individual, democracia, Constitución, libertad de pueblos regionales oprimidos, son otros tantos trucos industriales para embobar al pueblo distrayéndole de su verdadero y nacional interés. Son como las chucherías que los navegantes explotadores regalan a los pueblos bárbaros para que se dejen, en cambio, chupar bonitamente sus tesoros.

España deberá saber, y sabrá, garantizar las libertades necesarias y decorosas del ciudadano. Pero ha de ser des-preocupándose primero de los mitos libertarios que asfixian todas sus energías políticas y frustran el único mito sagrado que puede redimir y engrandecer a un pueblo: LA UNIDAD.

9-1-33.

El mito sagrado de la Unidad

El vértigo de la discordia.-Irrupción de los nuevos. Sinceridad, idealismo, sacrificio

Ningún pensamiento más audaz y revolucionario en la España de hoy que el de la UNIDAD. El solo vale por un programa completo de oposición y significa la protesta más certera contra el desbarajuste triunfante.

Por eso nosotros enarbolamos ese lema, y hemos de colocarle en la lanza de nuestra bandera, como guión y mote de desafío.

¿Qué es la España avergonzada y pulverizada de hoy sino el triunfo de todo lo que divide y debilita? ¿Y cuál ha sido la labor de los enemigos de España que desde el siglo XVIII torpedean nuestra historia, sino una importación continua de elementos de discordia?

— Lo particular por encima de lo general, el individuo fren-

te al Estado, los apetitos contra el deber, el libertinaje contra la ley, y contra la autoridad la crítica desenfadada, ocupada también sin reposo en la difamación de nuestra Historia.

Se ha trabajado denodadamente de mil modos, para dividirnos hasta vencernos.

Primero fueron las Españas ultramarinas contra el imperio, y—a la vez—el poder central afrancesado contra las Españas y contra el edificio, todavía en pie, de nuestra Cultura. Luego "los derechos del hombre" (del hombre francés) contra el Estado español: las hipócritas libertades, siempre voceadas y nunca respetadas, que rajaron el muro de la unidad espiritual entre los españoles. Al mismo tiempo, el Estado frente a la Religión, y contra ésta también los presuntos "derechos" de otras religiones ni conocidas ni queridas. Después más libertad, y mayor radicalismo constitucional; por otro lado, los "derechos" de las regiones contra la Nación y, simultáneamente, una forma de gobierno contra otra que había cometido el delito de existir. Porque esa es la invariable consigna de todos los mitos importados para dividir a los españoles: **luchar contra lo existente**. Y el único fruto, derribarlo, apropiándose de todos los vicios anteriores que, con los nuevos, resultan aumentados siempre.

Más tarde apareció la lucha de clases: el trabajo al asalto del capital y los caudillos de los trabajadores al asalto del Poder. Una vez en éste, los republicanos contra los socialistas, éstos contra los republicanos y conservadores, y contra todos, las avanzadas rojas de diversos grupos que, entre sí, se despedazan a su vez con anticipada furia.

División en secciones ideológicas, división en clases económicas superpuestas, división vertical con los nacionalismos regionales. Las provincias contra el Estado, las lenguas provinciales contra la Nación, y dentro de cada provincia o re-

gión las mismas diferenciaciones, pugnas e infernales descontentos recíprocos entre derechas más derechas; centro más centro; izquierdas más izquierdas, y otros todavía más allá del izquierdismo.

¡Si hasta se quiere introducir un nuevo problema diferencial, el de las razas, trayendo a España "los derechos" y las reivindicaciones de los sefardíes!

Es el vértigo de la discordia, la locura de la lucha civil, el apetito recíproco del exterminio. Bajo el signo maldito de tal época, cada español busca ser independiente y enemigo de su vecino: sólo se unen unos con otros por el placer miserable de ir contra alguien de la misma Patria. El ideal es la solidaridad para la guerra interior; el numen de las fracciones es invariablemente el odio, y como ilusión oculta—y a veces manifiesta—la de vivir haciendo sufrir a otro y a su costa.

Nadie en el mundo nos niega hoy este "mérito" de la división furibunda. Podemos gloriarnos de ofrecer a todo el que nos mire el espectáculo de un país ávido de descomponerse.

* * *

Para entrar en cordura, poner orden en la casa de locos y alumbrar de las presentes o próximas ruinas, una España sensata y digna de su nombre, hay que afirmar como ideal divinizado el de la UNIDAD: unidad sobre todo y ante todo. Esa es la salvación.

Apresurémonos a decir que la unidad de espíritu y de acción no puede conseguirse a base de un acuerdo deliberado entre las fracciones que viven en pugna. Ni es posible ni conveniente. **Imposible**, porque los apetitos que son razón de la diversidad no se verían saciados con la unión, ni hay que esperar de la inmoral escoria humana que vive de

las contiendas, un alto milagroso en su afición interesada a la pelea. **Inconveniente**, porque si fuera verosímil un acuerdo entre los autores de la discordia presente, quedarían éstos en pie con su visión estrecha e impura: la nación seguiría siendo víctima de los profesionales del lucro político.

La UNIDAD ha de conseguirse no por composición de los discordes, sino por su desplazamiento. Ha de irrumpir en la vida pública, con la espada ejecutora del alto pensamiento de UNIDAD, un ejército enteramente nuevo a cargo exclusivamente de los incontaminados, de los jóvenes.

Qué notas espirituales ha de reunir el nuevo movimiento para arribar victoriosamente a la costa maravillosa de la UNIDAD HISPANA, es lo que intentaremos explicar en artículos sucesivos. Porque para nosotros todo está radicado en ese pensamiento místico y salvador: nuestros fines posibles, nuestro programa de actuación, nuestro tono ideológico y nuestra manera de obrar, deben derivar, sin excepción, de esta inspiración generadora: UNIDAD. Ella ha de movernos con ímpetu radical y ella será la meta gloriosa de nuestra reconquista.

* * *

Adelantemos, por hoy, que en nuestro nuevo concepto de la política no valen mucho los programas. Jamás incurriremos en la parlamentaria mendacidad de ofrecer al pueblo su salvación en unas promesas tan distantes de los hechos como lo está siempre la papeleta electoral de la conducta subsiguiente del diputado. No; así haríamos un partido más, una fracción más, y eso ni es nuevo, ni es solución.

Por primera vez debemos ir al pueblo con los hechos por delante de las promesas, y con las verdades que le duelan lo mismo que con las que le agraden. Si hemos de alcanzar la simpatía, y más que eso, la adhesión abnegada de los mejo-

res y de los más nuevos, no será por ofrecerles mucho, sino por ir dándoselo.

Los iniciadores, los apóstoles del nuevo movimiento, irán en busca de su pueblo—que es el pueblo medio y apolítico radicado en el trabajo—ofreciéndole por anticipado lo que en nuestras manos está: Una sinceridad desconocida, por la que vea de cierto a los hombres que espera; una cosecha de ideales para el futuro, como base de todo bienestar y justicia; y un ejemplo de sacrificio y de constancia impertérrita, por la que conozca que somos nosotros quienes le amamos. SINCERIDAD, IDEALISMO, SACRIFICIO: vea la juventud tres moldes novísimos de actuación ante el pueblo para conquistarle.

En estos moldes vaciaremos nuestros principios unitivos. Con aquellas virtudes y estos principios, si la juventud de vanguardia se lo propone, la UNIDAD hispana, combativa y poderosa, será lograda.

16-1-33

Rehabilitación del patriotismo

Primer principio unitivo.-Protesta y regeneración. El padre del nacionalismo español

La unidad es el fin del Estado.

La unidad es la grandeza de la nación.

La unidad es la salud del pueblo.

Si bien lo miramos, el exponente de bienestar y grandeza de un Estado ha sido siempre el grado de unidad de sus componentes en lo territorial-político, en lo político-ideológico, en lo social, en lo religioso. Ni existe para otra cosa más principal el Estado que para labrar y mantener esa unidad, facilitando y aun obligando a la sociedad a extraer de la acción armónica de sus miembros el mayor bien posible para el mayor número posible.

Son ideas estas vulgares, pero son las que más comunmente se ignoran o desprecian por pedantería intelectual de los políticos que construyen sus triunfos con la ruina de todo lo que une y fomento porfiado de todo lo que separa.

Si fuese nuestro objeto desenvolver en estos trabajos ideas más o menos adquiridas en los tratados de ciencia política o pretendiéramos componer uno nuevo, sería nuestro deber extendernos sobre el fundamental tema de la unidad en el Estado y por el Estado, cotejando doctrinas y manejando autores. Como no pretendemos hacer ciencia política, sino orientar a nuestra juventud nacionalista en forma al mismo tiempo acelerada y suficiente, hacemos aquí punto en la enunciación más que explicación del principio superior de nuestra religión política. La UNIDAD.

* * *

Trabajando en la cantera mental de la UNIDAD para extraer el ideario de la nueva política, surge como piedra angular del edificio en proyecto una afirmación que ha de colocarse en el lugar de mayor prestigio: **la Patria**. Este es el primero y mayor ideal unitivo.

Al nuevo movimiento le incumbe rehabilitar el patriotismo dotándole de contenido útil y de poder dinámico.

Nada tan decaído y falsificado como el patriotismo, en la sociedad dirigente anterior a la república masónica de hoy. Poco ha costado a esta, sobre las ruinas, sin grandeza de aquel conservadurismo vacío de ideales, aventar, con los lujos del escarnio, hasta los símbolos y nombres de todo lo que tradicionalmente quería decir Patria. Previamente se había vaciado de sentido a este alto nombre. Militaba contra el concepto vigoroso de la Patria una intelectualidad "europeizante" sometida sin pudor a las normas traidoras de la cultura enemiga. Y frente a esos traidores, germanizados, afrancesados, masones y judaizantes que hoy se relamen en las orgías de su siniestro triunfo, musitaba sus voces claudicantes una burguesía materializada, recostada a los pies de una aristocracia sin honor.

¿Qué nos han enseñado a nosotros, jóvenes amigos, de la Patria? ¿No es cierto que apenas ocupan en nuestro entendimiento el ancho lugar que a ella debe estar dedicado, absurdos preconceptos de la infancia? Quien más, quien menos, se figura a la Patria como un conjunto estampado de gritos, recuerdos y colores; mezcla insulsa de ecos de marcha, colores de bandera fríamente sentida y uniformes de soldados del sesenta.

Apenas si las glorias antiguas vienen sirviendo a nuestros católicos y a escritores "de la buena prensa", para trazar unas lacónicas disertaciones, en que lo corriente es "descubrir" con alguna timidez, nuestra grandeza histórica.

Se ha convenido tácitamente en que el ideal de la Patria es aquí una gloria de museo, posiblemente hermosa pero inútil para vivir en la calle y saludar con sus enseñanzas al porvenir.

Generación del 98, "escuela y despensa", progreso frente a tradición, fábulas truculentas sobre la Inquisición, pacifismo a toda costa, "colonización interior", laicismo, Universidad afrancesada, Institución Libre de Enseñanza. He aquí los nombres de otros tantos tópicos y ambiciones modestitas, trajes hechos a la raquíta medida de los profesores de la anti-España. Todo eso es la mentalidad de nuestros papás, la claudicante mentalidad de una generación sin patriotismo, toda fracasada, toda muerta espiritualmente.

* * *

Nuestra revolución, camaradas de la Nueva España, debe erguir con denuedo un patriotismo robusto de fe y henchido de afirmaciones constructivas. Será como una protesta lo más airada y tenaz contra los inauditos crímenes anti-españoles del Estado antinacional; pero será también una revolución a fondo contra la pérfida desertión de los "europei-

zantes" de todas las épocas, y el cobarde consentimiento de la sociedad conservadora hundida en un positivismo sin alma.

Basta ya de incultas humillaciones ante el decadente prestigio de la civilización comercial extra-española. Basta ya de ser considerados como el arrabal pintoresco y disparatado de Europa, al que se brinda una protección envuelta en desprecio y al que se facturan todas las ideas y personajes indeseables para gozarse en el ridículo de nuestras piruetas imitatorias. Basta de calumnias mansamente tragadas y de lecciones malignas de pseudo-cultura.

La juventud nacionalista revolucionaria debe expulsar a los estómagos insaciables y a las gargantas huecas de tanto charlatán encumbrado, de los bastardos que han hecho su fortuna política sobre la ruina del patriotismo. Porque ellos representan y sirven sacrílegamente, desde los puestos superiores, el odio histórico de los enemigos y la práctica negación de la España libre.

* * *

Mas el patriotismo inteligente y serio de la **nueva política** no limitará su virtud a la protesta ni reducirá sus efectos a la lucha contra los traidores. Este es el valor negativo, parte importante por su eficacia purificadora, por su poder de lucha, pero no suficiente.

El nacionalismo racional, el culto a la Patria, ha de ser sobre todo rico en influencias constructivas. Nada menos que la resurrección de la cultura hispana hasta alturas donde todo el mundo tenga que contemplarla y la restauración económica del país, deben brotar irresistiblemente del patriotismo nuevo.

Tenemos una nación grande por su suelo, incomparable por su belleza varia, fuerte por el ingenio nativo de la raza, sólida todavía por el cemento cristiano de la familia y

los antiguos hábitos de la lealtad. Hay 80 millones de españoles de lengua y de raza que tienen derecho a una proyección renacentista, salvadora, de la cultura hispana. Son, por tanto, deberes de Imperio, los que España conserva, y la juventud nacional que entre en la lid de la nueva política vendrá seriamente resuelta a llenarlos.

* * *

Ved aquí someramente indicadas y pidiendo una continuación que procuraremos realizar, algunas propiedades del patriotismo serio y revolucionario que debe iluminarnos. No caeré en la simplicidad de suponer que han faltado en la lamentable etapa de la decadencia del patriotismo quienes altamente le han representado y aun interpretado con facultades geniales. Bastará nombrar a Menéndez y Pelayo para sentir el aliento del genio animando las ideas salvadoras de que el nacionalismo resurgente debe nutrirse.

Junto al genio de la cultura hispana, el nacionalismo español puede sentirse patrocinado por una figura cuya grandeza se mide con ventaja entre los fundadores de nacionalismos hoy triunfantes en Europa. No necesitamos modelos de fuera para empezar con una orientación, vasta hasta lo monstruoso, atinada hasta rozar con lo divino, honrada como ninguna y sabiamente cristiana.

Menéndez y Pelayo es el padre del nacionalismo español revolucionario.

La tradición y el Pueblo

**Renacimiento de lo tradicional.-La nueva táctica.
Reconciliación necesaria. - Incapacidad conser-
vadora**

Los estragos del Estado antinacional suscitan fatalmente una enérgica reacción contraria en todos los espíritus que sienten la Patria. Por eso los mentores de la política opuesta a la república masónica hoy implantada, claman sin excepción por un Estado vigorosamente nacional, por una España tradicionalista.

Maeztu estudia con profundidad y luces magistrales una resurrección que España y el mundo necesitan de la Hispanidad. La Hispanidad para Maeztu es el conjunto de los pueblos hispanos, cuya solidaridad perdura por razones ecuménicas de cultura, a través de la separación política.

Goicoechea, el sucesor para muchos de Maura (del único Maura) promulga los fundamentos dinámicos de un movi-

miento inmediato de Renovación Española. Pemán, que exhibe sin rumbo la representación de una parte intachable del pensamiento español vigente en los seis años de Dictadura nacional, se denomina a sí mismo "poeta de la tradición" y la canta con elocuencia superior digna de Mella. Hasta Giménez Caballero, inseguro escritor de moderna pluma acampado corrientemente en las izquierdas, apela nominalmente a los tradicionalistas y compone un libro de corte original, para dar una versión entusiasta del pensamiento español cesáreo y católico, del "Genio de España".

Muy bien. Si se quiere sacar a España salva de la riada de corrientes traidoras y apetitos ínfimos que hoy la disuelven al mandato de poderes antinacionales, todos los españoles calificados deben volver sus ojos a la tradición. A eso mismo, en nuestra modestia, invitamos desde este semanario a la escogida porción de la juventud nacional que va compartiendo nuestras campañas.

Pero para una juventud que, si se inclina a **pensar** con la tradición, quiere ante todo **actuar** con el momento, el problema no está en rendir acatamiento a la idea de la restauración hispana que en el campo de las doctrinas gana terreno. El problema consiste en adaptar esas afirmaciones doctrinales a la actuación de cada día, con posibilidades ciertas de triunfo.

Porque la juventud no debe fiarse nunca, al moverse en la política, de la belleza ni aun de la justicia de las ideas si no van acompañadas de una táctica enderezada claramente al éxito. En política la visión segura del éxito debe ser el motor de las voluntades, como la verdad y la justicia han de serlo de los entendimientos. Y el mundo pide hoy, por la naturaleza del Estado revolucionario de muchas naciones, España entre ellas, soluciones que en nuestro lenguaje nacionalista hemos convenido en llamar **totalitarias**.

La juventud nacional tiene derecho a aspirar a un éxito así: totalitario. Digámoslo más explícita pero no menos brevemente: la juventud quiere conquistar a España totalmente. No es ni puede ser la aspiración de una generación joven, convencida del hecho fundamental de la invasión antinacional de la Patria, recuperar una o más parcelas sociales y estatales de ella. No. Hay en los pechos juveniles ansia y necesidad de expulsar radicalmente a los invasores y ocupar con gente al servicio de la España una y eterna el campamento todo de los valores nacionales.

¿Y cómo conseguir un triunfo de esa alcurnia? No preguntemos por el fin, que le sabemos, sino por el camino. Queremos una trayectoria corta y recta, que quepa, a ser posible holgadamente, en una década. Y queremos que la conquista sea verdadera, no ficticia. De tal modo que al arribar a la victoria llevemos con nosotros un pueblo convencido, un pueblo transformado, que quiera por sí mismo el nuevo Estado y por sí mismo le defienda.

Quien sepa alumbrar semejante camino, quien descubra la táctica de conquista popular y total de la España tradicional, se asegurará a la juventud en su empresa y, con ella, el triunfo.

* * *

Esos problemas de táctica fundamental sólo se les ha planteado decididamente el movimiento nacional-sindicalista y sólo él les resuelve con valor. Porque únicamente el nacional-sindicalismo aventajando con ello a todos los hombres y partidos que hablan de tradición ha dado **prácticamente** con la fórmula: **restituir el pueblo a la nación**, o dicho de otra manera menos paradójica: **reconciliar al pueblo con la tradición**.

— Entendemos en este caso por pueblo el conjunto, hoy in-

forme, de los millones de españoles que viven penosamente de su trabajo y son—como lo han sido siempre—víctimas de la política. Pueblo es ante todo el que ocupa la tierra y la labra. Porque además de que el campo es la madre imperecedera de la raza pura, quienes del campo viven son por su pasividad secular los menos responsables de los yerros de la España oficial, y en cambio las primeras y constantes víctimas de todo mal gobierno. Ellos, los campesinos, son los que más derecho tienen a alzar la voz contra todos los culpables de la desviación antinacional del Estado.

Son también pueblo en el concepto robusto y dominante de la palabra, los obreros del taller y de la fábrica, del mostrador y de la pluma. Lo son en el mismo grado quienes viven de la pequeña propiedad o de la pequeña industria.

Esta enumeración no significa que las clases acomodadas o directoras deban ser excluidas totalmente de la renovación del Estado. Lo que decimos es que, fuera de ellas, el pueblo que trabaja penosamente debe ser incorporado con preferencia a la creación de la España renovada.

¿Contarán los mentores ilustres del tradicionalismo con ese pueblo? ¿Qué sabe de cierto la masa amplia de la España trabajadora de la tradición? ¿Cómo la entiende?

Es un hecho que no vale negar, porque muchos años de pruebas dolorosas lo confirman, que el pueblo medio español, el que se cuenta por millones, vive y obra distanciado de la espiritualidad tradicional. Tantos lustros de educación positivista, tantas generaciones de pesimismo y tanto desbarajuste endémico en la política con su cosecha secular de fracasos, han acabado por romper la serenidad patriótica del gran pueblo: se le ha hundido con todo ello en el amargo desdén hacia lo espiritual, en la frialdad religiosa, en el desprecio del patriotismo y en la hostilidad contra la tradición y aun contra la moral.

Y como fe, patriotismo, tradición, y moral son el protoplasma espiritual de la Nación, el pueblo que ha incurrido por culpa de sus clases pseudotradicionales y pseudopatrióticas en esa trágica oposición a lo espiritual colectivo puede decirse que se ha separado de la nación, se ha entregado en brazos como lo vemos, de los auténticos enemigos de la tradición y de la Patria.

De aquí que la gran tarea consista, como tenemos dicho, en reincorporar el pueblo a lo nacional, en reconciliarle con la tradición. Y de aquí que no sean hábiles para esa empresa medular de la nueva política, las clases y partidos que en algún modo merecen llamarse conservadoras y dirigentes.

Bien está que los grandes pensadores y los grandes tribunos alumbren la doctrina y orienten los espíritus con mirar de atalaya hacia el norte salvador de lo tradicional. Pero si a él se ha de llegar pronto y totalmente, debe eliminarse del mando y la inspiración concreta a los sectores burgueses, conservadores de la sociedad, que hasta ahora la han dirigido y la han hundido. Estos tienen mucho que pagar y el verdadero pueblo no quiere nada bajo su tutela porque tiene mucho que exigirles.

Sólo un movimiento social y nacionalmente revolucionario, a cargo de la juventud incontaminada, tendrá capacidad para establecer arraigo en el gran pueblo y reconciliarle con la tradición salvadora. Nada de partidos o clases conservadoras.

Medítelo la juventud.

¿Monarquía o República?

**La rutina y la estrategia. - Respuesta imposible.
Lo que el pueblo quiera**

Si al movimiento de la juventud resuelta a la creación de una España española se la pregunta por la forma de Gobierno que prefiere, debe responder llanamente: la que prefiera el pueblo. Y si se pretende que nos declaremos partidarios de la república o de la monarquía, contestaremos: Nuestro movimiento no toma partido por una ni otra; no es servidor de ninguna de ellas, sino de España solo. Y repetimos: **Nosotros queremos el régimen que el pueblo quiera.**

Esa es la única doctrina irreprochable en el apasionado tema de las llamadas formas de Gobierno. Tema que casi siempre apasiona más a los políticos y a sus partidos que al verdadero pueblo. Nosotros queremos estar con este y debemos atenernos al latido del alma popular en el conocido objeto de tantas disputas.

Reflexionemos que es insigne torpeza, ya crónica, con la cual una juventud renovada no debe contaminarse, ese estilo corriente de disputar en torno a las formas de Gobierno. Se discute en medio de graves defectos comunes, a una y otra parte; defectos que son, en unos, hijos de la rutina y, en otros, de una mala fé estratégica que facilita fáciles triunfos. ¡Cuántas veces se desprecia el éxito y se tapa voluntariamente el camino de las verdaderas conquistas, por enredarse torpemente en rutinas dialécticas sobre la forma de Gobierno!

* * *

Es, en primer término, de una simplicidad tan anticuada como perjudicial pelear sin tregua en torno a las dos manoseadas palabras de **república** y **monarquía**, como si cada una tuviese indefectiblemente un contenido en todo diverso al de la otra, como si en ambas expresiones se resumiera todo lo que el mundo nos presenta en materia de regímenes políticos.

Se olvida, no sabemos porqué a no ser por pereza mental de unos y habilidad maliciosa de otros, que hay repúblicas grandes y pequeñas, república de contenido dictatorial—Alemania, Francia a veces, Polonia, varios Estados de Hispanoamérica—Repúblicas absolutistas, como Portugal hoy, o despóticas como Rusia. Otras donde el despotismo se casa en repugnante contubernio con un presunto constitucionalismo, como Méjico, y además con la anarquía de arriba y abajo como en China y en la España actual.

Se aparenta, por otro lado, desconocer que hay verdaderas "monarquías republicanas", que la magistratura hereditaria es compatible de hecho y de derecho con todas las virtudes—y vicios atribuidos comunmente a las repúblicas, cual sucede en Inglaterra, Bélgica y los Estados Escandinavos. Y que son admisibles, en fin, formas nuevas estatuidas ya o en

gestación imposibles de clasificar en los moldes verbales de monarquía y república, por la aparición de una estructura constitucional sin precedentes exactos: tal es la monarquía fascista de Italia, la Turquía republicana de Kemal, la Alemania en proyecto de Hitler.

Muy simple o muy obcecado será quien a la vista del complejo contemporáneo de los regímenes políticos se decida a contestar con un solo vocablo a esta innecesaria pregunta.

¿Usted prefiere Monarquía o República?

Y si con la afición dialéctica sobre estos temas va empalmado el empeño de obligar a un pueblo a luchar, dividirse, padecer y gastarse en torno a la disputa, se comete—aquí sí—un "delito de lesa ciudadanía" (expresión lanzada en estos días precisamente por un ilustre reverenciador de la forma monárquica antiliberal). "Pero es que estamos en España" nos replican. Hablemos de la república española, de la monarquía española.

Sí, hablemos, ¿Y cuál es la monarquía española?... ¿La de la constitución del 76? ¿La de Isabel II con O'Donnell, o con Narváez? ¿La de Fernando VII con Calatrava o con Calomarde? Todas estas, sin retroceder más allá de cien años, son monarquías de sustancia diversa y aun contradictoria. Y, más arriba en el orden de los tiempos, está la monarquía absolutista y centralizada de Carlos III y los demás Borbones; la absoluta y en parte teocrática—o "teológica"—de Felipe II; el absolutismo imperial con fueros regionales, de Carlos V; la monarquía dualista, democrática y plenamente forera de los grandes Reyes que unieron a España...

¿A qué monarquía se refieren los que preguntan? Porque, según la que fuere, lógicamente la respuesta ha de ser diversa. Sin olvidar que esas son formas del pasado y no habrá apenas partidario alguno de la monarquía que no sueñe con otra mucho más perfecta que cualquiera de aquellas, y por

lo tanto, nueva. Con lo cual, para cada proyecto, después de examinado, deberíamos dar una opinión diversa.

Y si de la forma llamada genéricamente "monárquica" pasamos a la genéricamente apellidada "republicana" la perplejidad del ser reflexivo no resulta menor, aunque sólo miremos a España. ¿En qué se parece la república que quiere el comunismo a la que quiere Maura? ¿Y en qué una y otra a la del anarquismo puro?... Pero descendamos de la hipótesis a los hechos. ¿Qué semejanza tiene la república escrita y enterrada en la constitución de diciembre del 31 con la república viva y coleando que Azaña nos sirve por mandato de los socialistas? La una es archiliberal, aunque con graves manchas de tiranía; la otra, con las mismas manchas, es archiarbitraria y oligárquica.

Podrá escogerse alguna de estas clases de república u otras imaginarias, pero nadie procederá con sentido común y honradez si prefiere "cualquiera de ellas" a cualquier monarquía. Ni se puede, por lo mismo, sin obcecación miserable o vergonzosa ignorancia, preferir cualquiera monarquía, aun la de Calígula o Saladino a cualquiera república. O la monarquía afrancesada de Carlos IV a un régimen no monárquico que presidieran los mejores patriotas.

Dejémonos de disputar en torno a la **forma** de Gobierno y ocupémonos de la **sustancia** del Gobierno. Perdamos algo más el entusiasmo por la arquitectura formal y riñamos las batallas inmediatas por liberar al pueblo de los que precisamente le han engañado enredándole en la idolatría de las formas.

Entendemos, lealmente, que a una juventud ansiosa de grandes triunfos, provista de una robusta fe para crear la España grande a que nuestro pasado nos impele y nuestro pueblo tiene derecho, le conviene desentenderse de todo separatismo republicano o monárquico. Lo que urge y lo que

importa es rehabilitar la capacidad de decisión del gran pueblo. **Cuando la masa creadora de una España juvenil, limpia de venenos extranjerizantes, pueda pronunciarse, entonces, será la hora de determinar el régimen de la España Grande.** Aspiramos a concebir e imponer un régimen nuevo, como son nuevos la pureza y el temperamento heroico con que a la política acudimos.

No somos "adhesionistas" porque no venimos del seno parcial de un régimen pasado a enquistarnos en uno presente. Y porque no podemos ser adherentes, ni aceptantes del Estado antinacional. No somos republicanos, porque el fanatismo por la "república" es una invención judeo-masónica indigna de todo entendimiento libre, y hostil al espíritu sagrado de la España eterna. Y no somos monárquicos porque estamos desligados de toda forma transitoria del pasado y **diferimos el voto sobre el régimen formal de la España nuestra al momento en que hayamos suscitado un nuevo espíritu en la generación joven que haya de decidir.** Informaremos al pueblo, hoy hastiado de la política, con nuevas y saludables esperanzas. Extenderemos por el ámbito sereno de la raza ideas substanciales de reforma y construcción. **Y cuando el pueblo creador se ponga en pie movido por una fe auténtica, entrañable, él sabrá qué forma conviene a la substancia ideal redentora.**

Mientras tanto, enterremos con resolución una disputa envenenada por los prejuicios, enmarañada por las calumnias, y de la que se aprovechan los enemigos del pueblo atentos al cultivo del fanatismo que ciega y de las discordias que extenúan.

El Estado del porvenir

I

Dificultad de anticiparse.-No podemos importar soluciones.-La servidumbre de las fórmulas

A costas con el inmoderado propósito de reunir en breves trabajos periodísticos los principios orientadores del nuevo movimiento de juventud, llegamos al trance más inasequible a nuestras fuerzas: el de expresar cómo debe ser el Estado Nacional del porvenir. Ello equivale a sentar las bases políticas y económico-sociales de la España que anhelamos.

Sin rubor confieso que no me siento capaz de discernir, con propósitos de magisterio, en elevadas materias constitucionales. Y no tanto por la dificultad de pergeñar más o menos científicamente un programa constitucional, social y económico, como por el convencimiento de que hoy no es ni posible ni conveniente aventurar con detalle un anticipo de

la estructura formal del Estado futuro, que no es al presente sino una esperanza con la categoría de ideal.

Repetimos una vez más que nuestro Estado será un Estado nuevo. Con decir nuevo significamos dos cosas: que será el instrumento político para forjar y mantener la España grande, libre y única a cuya conquista vamos. Y que será tal como lo exija el imperativo de los días que entonces vivamos, y no como hoy pudiera ocurrírsenos, ni como fué en tal o cual época pasada.

* * *

No podemos, no, hacer por escrito a modo de un replanteo del Estado futuro. Mucho menos anunciarle por el cotejo o copia de otros Estados del mundo cuya afinidad con nuestros ideales nos incline a la imitación. Es inocente pensar que la España nuestra será una Nación fascista o nacional-socialista por el hecho de que un hombre y un partido, en sendos pueblos extranjeros de esta época, hayan alcanzado, con anticipación y éxito, objetivos parecidos a los nuestros.

Pensar en una adaptación a España de lo que Mussolini e Hitler han concebido para sus respectivos países, es incurrir en el mismo vicio que denunciarnos en nuestros enemigos, los extranjerizados de toda laya, autores ya seculares de la degeneración y ruina de nuestro imperio y nuestro pueblo.

Nada de introducir y copiar; lo que ocurre fuera es bueno para aprender y malo para importarlo. El que introduce especula con la presunta inferioridad de su raza e incapacidad de la cultura de su Patria para alumbrar soluciones a los males nacionales; ello es injurioso y nocivo. El que aprende, en cambio, respeta el sabio principio de la universalidad de la ciencia, válido en parte para las ciencias políticas y económicas, y asimismo el magisterio sin fronteras de espacio ni

tiempo que corresponde a la experiencia apilada de los hechos, a la Historia.

Tan lejos debemos estar de un tradicionalismo demasiado rural y romántico, a lo Donoso Cortés, conñado en hallar la solución de todo con sólo dar media vuelta hacia el pasado, como de adoptar porque sí lo que fuera de España se lleva en el día, llámese comunismo o fascismo.

Aparte de que ningún régimen, ni el más prestigioso en cada momento histórico, tiene un recetario dogmático y de organización preparado para la exportación. Cuando unos hombres aciertan a dotar a su Patria de instituciones en algún modo nuevas, cooperan al éxito tanto o más que los principios y las leyes en que éstos se traducen, los hábitos sociales transformados al unísono de las leyes, y la potencia personal de los reformadores: una y otra cosa no se plasman en fórmulas escritas, y menos pueden trasplantarse a otros climas sociales e históricos—a otros pueblos—encomendando su cultivo a distintos hombres. Cuando ese trasplante se efectúa, los ejemplares importados vienen ya marchitos: traen la etiqueta de la novedad, pero lo cierto es que entran ya muertos o moribundos. Porque la política es esencialmente arte de cada día y la experiencia prima que debe aleccionar lo mismo a los gobernantes que a los conductores de multitudes es la del propio suelo. Cada nación, como cada enfermo, tiene su diagnóstico y le tiene también cada momento nacional.

Estará bien, amigos, que estudiemos (iy mejor a fondo que por encima!) el fascismo y el hitlerianismo. Pero no para concluir con lógica aldeana y perezosa: "así debía de hacerse en España".

Nosotros representamos, con gran oportunidad histórica, la oposición al extranjerismo. Y, junto con eso, la **iconoclastia** de las fórmulas. Venimos a restaurar el poder y la aptitud



de civilización que Dios confirió a nuestra raza y cultura. Y venimos a revalorizar el factor humano, la confianza en el Hombre, frente a la servidumbre de las fórmulas.

Precisamente la degeneración actual que nos avergüenza no es otra cosa que la hipertrofia, el abuso ebrio y andrajoso de estas dos manías: **la extranjerización** y **el culto a las fórmulas**. De la primera hablamos en nuestros primeros artículos: Aunque haya sido en forma demasiado somera e imperfecta, no insistiremos aquí. (1)

El culto a las fórmulas, es decir, la fe en el poder taumáturgico de las leyes o sistemas escritos y de las novedades que alcanzan un nombre y un rango de gran actualidad, es correlativo, en la historia de las ideas políticas, a la sustitución de las verdades religioso-filosóficas por las hipótesis. (De la hipótesis sobre **el contrato social**, nace el culto a la soberanía popular como fórmula milagrosa para asegurar la libertad, la justicia y el progreso de los pueblos; de la hipótesis **marxista**, sobre la historia humana o interpretación materialista de la misma, nacen las fórmulas o profecías: lucha de clases, colectivismo).

Esa veneración por los sistemas, gritos o novedades en forma de programas revolucionarios—fórmulas—se ha apoderado, tan triunfal como desdichadamente, de la ilusión mesiánica radicada siempre en el alma de las muchedumbres y—a decir de muchos—en el pueblo español singularmente.

El mesianismo español en la época moderna (en la larga etapa de las revolucioncitas y el constitucionalismo, que lleva ciento veintiún años de vigor) no ha sido la esperanza en un Mesías-persona, sino en un **Mesías-fórmula**. No ha dicho el pueblo al arribar a un puerto de esperanza política, como

(1) Estudiar el estrago de la extranjerización, como lepra de políticos e intelectuales españoles desde el siglo XVIII, es tema favorito de Maeztu, que con gran luz le desenvuelve en «Acción Española». El pensamiento superior de la protesta de nuestra cultura contra el extranjerismo le representa, como es sabido, Menéndez Pelayo.

aquel tristemente alegre del 14 de Abril, "este hombre, sí", sino "esta fórmula, sí"; no se oye "con éste, sí", sino "AHO-RA, SÍ". Para murmurar siempre a los pocos meses, con mal-humor primero y después con rabia, el "resulta que con esto estamos peor".

Esa ha sido la tragedia degradante del pueblo español en el maldito siglo XIX, prorrogado para nosotros en el segundo tercio del XX. Esa es la victoria, sarcásticamente celebrada sin duda, de las naciones o la nación que nos ha suministrado fórmula tras fórmula para hundirnos. Y ese es el pecado—¡que pide venganza!—de los traidores que se han prestado en una época y otra a especular con las fórmulas importadas, a hacer revoluciones en su provecho, con el alhigü de un programa extranjerizado, cuajado de promesas demagógicas.

20-II-33

II

Las fórmulas y la elección de los peores.-El regreso a la barbarie, mediante el progreso.-La conquista del Estado

Precisamente fué tanta la veneración por **las fórmulas**, como la desidia en la elección de las personas.. Todos los ambiciosos pasaban por buenos si venían amparados por las profecías favorecidas con la credulidad del llamado "pueblo". (Constitución, izquierdas, responsabilidades, república, autonomía). Lo mismo valían Albornoz que Bruno Alonso, Ayguadé que Maciá, Casanellas que el comandante Franco.

Nada importaba que los alistados en candidaturas y levas de nuevos funcionarios fuesen perfectamente desconocidos por la nulidad de sus méritos y talento. Llegado el momento apasionado y quimérico en que la fórmula idolatrada ("el ideal") imperaba con calor en los cerebros "estrechos y vacíos", subía más arriba el que con mayores aspavientos enjuagaba los gritos de moda.

¿Qué importaba que Fulano fuese un acreditado sinvergüenza si "se presentaba" como republicano? ¿Por qué no había de gobernar este invertido o aquel chantagista si estaba afiliado a la "Alianza" o a la "Conjunción"? Bien estaba un holgazán y calumniador con tal de que se llamase socialista; también era aceptable el otro camarada "que hablaba tan bien" aunque hubiese matado a su padre. Ni nada impedía elegir a uno que venía de presidio si voceaba lo bastante como catalanista...

Así fué como tantos pudieron comprar al más bajo precio incluso las más distinguidas magistraturas de la legislación y la gobernación. Por eso hemos visto Ayuntamientos, Gobiernos civiles y todo género de corporaciones y mandos políticos invadidos por gente que procedía del hampa intelectual, de todos los estratos picarescos de la vida social, de las más oscuras encrucijadas por donde la vagancia atrevida planea sus asaltos. Algunos no han necesitado más que decidirse a tiempo a ser traidores a su palabra, a su conciencia, a su entendimiento o a las tres cosas a la vez.

Cuando el pueblo iluso se va detrás de un **mesías-fórmula**, entrega el poder gratuitamente a quienes saben vestirse a tiempo de un determinado color. Y es ley de vida que los desaprensivos, los traidores, los vagos, acaparen toda oportunidad de cazar el mando a tan poca costa. Con lo cual el pueblo viene a caer, fatalmente, en las manos de los peores.

Mas no se crea que este fenómeno de la "selección al revés" es una simple casualidad de la que salen responsables los contados momentos de ofuscación por que puede pasar una colectividad. No; el mal está en la raíz del sistema. De un sistema político que sitúa a la fuente de la salud popular en las teorías y no en la conducta de los hombres. De un monstruoso sistema de elección que distingue a las personas por lo que se llama "ideología" sin fijarse en las actitudes ni en la moral. Y de un sistema filosófico-religioso, que por el afán enfermizo de proscribir la fe en las verdades reveladas, establece una idolatría ruda y primitiva en homenaje a las hipótesis, a las palabras y doctrinas discurridas por los llamados "pensadores",

El enlace teórico de esos sistemas coincidentes es el **progresismo**, es decir, la creencia ciega en que las ideas más contrarias a lo pasado y con mayores visos de novedad son las mejores. Bien entendido que quienes manejan ante la plebe el espectro progresista se encargan de definir por su cuenta qué clase de ideas se tienen por anticuadas y cuáles son las "avanzadas".

En la práctica, el resultado de la mitología **progresista**, del culto a las fórmulas, es la subversión de los entendimientos, el retroceso de la cultura popular y, sobre todo, del buen sentido de las masas. Porque rotas las amarras de la sensatez y la moral antiguas y cifradas las esperanzas en un mito simplista (democracia, liberalismo un día, socialismo otro, comunismo después), la muchedumbre se abstiene de discutir, limitándose a gritar y hacer revoluciones. Mas se abstiene de discurrir no porque entienda que no le incumbe hacerlo, sino porque hasta el más mentecato se siente un sabio desde que adquirió una "idea", se puso un mote avanzado e ingresó en un partido.

Y ese es el triunfo de los explotadores de las masas: em-

brutecerlas en la adoración supersticiosa de una creencia humana, después de haberlas arrancado la fe en lo sobrehumano; entregarlas a la esperanza mítica en un mañana de dicha absoluta, mientras se las expolia y a conciencia se las hunde en la miseria; obligarlas, por la sorpresa y por el fraude, a elegir con voluntad, y hasta con furor, a sus verdugos por soberanos.

No sabemos que haya camino más derecho para el regreso a la barbarie, ni pudo la inteligencia judía—inspiradora de toda la trama progresista—discurrir mejores sacrificios para corromper en sus raíces populares la civilización y el cristianismo.

* * *

El nuevo Estado ha de ser, resueltamente, la liberación de la barbarie progresista y de la servidumbre a las fórmulas. Nuestra juventud debe abstenerse de confiar en un nuevo recetario, provisto de un rótulo mundial, que sirve para curarlo todo. Eso es indigno de las inteligencias libres, humillante para los pueblos que se someten a tales agitaciones incultas y gravemente injurioso para el Poder equilibrado, la superioridad crítica y el valor ecuménico y eterno que caracteriza a la cultura española.

Debemos sustituir a la confianza de las fórmulas la fe en los hombres. Derribaremos los mitos subalternos todos: el liberalismo, la soberanía de la masa, el marxismo, el constitucionalismo...

El Poder se atribuirá no a los que sugestionen al pueblo con nuevas promesas, sea cualquiera su género, sino a los que sepan ganarle con la creación previa de un ejército de patriotas que confíen en las cualidades de sus jefes por haberlas experimentado en la lucha para la conquista del Estado y en la gran campaña de regeneración espiritual que España necesita.

De las ideas no queremos novedades: nos basta acoger-nos a la justicia inmutable de las normas cristianas, y preci-samente tal como supieron traducirlas en reglas de política a la vez autocrática y popular los grandes filósofos españo-les, espíritus, por cierto, independientes y altivos.

Nuestra novedad, amigos del Estado nuevo, debe mos-trarse por nuestros actos, o no serviremos para nada ni Es-paña nos querrá. A nosotros incumbe, para merecer la con-quista del Estado, estas dos Grandes Labores, a **las que con hechos y no con fórmulas, con obras y no con promesas, se puede dar cima:**

1ª. Reconciliar al pueblo del trabajo, a las masas, con la nación.

2ª. Crear un ejército de juventud que alcanzará y con-servará el mando del Estado.

Para lo primero, nuestra actividad ha de ser francamente popular, de justicia social inexorable. Para lo segundo, es preciso desentumecer el cuerpo lánguido de una generación joven que camina como las demás hacia la molicie; levantar las almas mozas a la ilusión de la gloria y ejercitarlas en una fuerte y animosa disciplina de guerra.

Conseguida una y otra cosa, España será nuestra por de-recho de conquista y los españoles no se habrán entregado infelizmente, una vez más, en las manos de los hueros exp-endedoros de fórmulas políticas, sino en los brazos férreos y fieles de hombres probados en el alto servicio de la Patria.

La conquista del Estado

Corrupción partidaria y su abolición.-Las Milicias Nacionales.-Individualismo y disciplina

¿Cuál es el fin de los partidos? Conquistar el Poder. ¿Y cómo lo procuran? Congregando a las gentes según su "ideología", extendiendo promesas cuya garantía de ser cumplidas no es otra que la palabra de los propagandistas; sembrando el odio como base de solidaridad partidaria, clamando unos contra otros todos los grupos concurrentes a la puja del mando.

Conviene reparar detenidamente en el extraordinario parecido de la liza política en el régimen de partidos, con la conquista de una tierra extraña por gentes afanosas de botín. Aquel caudillo que más botín sabe prometer presentando por más fácil su captación, tiene mejores probabilidades entre los profesionales mercenarios: las masas, atentas a lo que se las dice e incapaces de discernir por sí mismas lo que des-

pués resultará, glorifican y siguen a todo el que es locuaz en las promesas y a quienes mejor saben concitar los bajos instintos de represalias, persecución o libertinaje.

Fácil es concluir que una nación entregada francamente a la puja de los partidos, se hunde sin remedio en la barbarie. Sólo se conserva por el tiempo y en la medida con que algunas grandes ideas unitivas refrenen la locura partidaria.

Desde que los partidos alcanzan a dividir el cuerpo nacional en bandas que hasta disputan sobre la obligación de ser y sentirse hermanos de la Patria, ésta no se salva sin la abolición radical del régimen partidario. Tal es el caso de España.

Es una locura imaginar que una nación puede subsistir ni menos acomodar su vida a sus destinos de gloria civilizadora e imperial, permitiendo a sus nacionales un perpetuo seccionamiento en separatistas y unitarios, liberales y marxistas, conservadores y anarquistas.

* * *

Ya otra vez hemos afirmado que no está la solución en crear un partido más, por mucho que se cuide la selección del programa y el enunciado de los principios. La solución está en acabar con los partidos. Pero esta ambición, castiza y acreditadísima entre los españoles, no se satisface así como se quiera. Ya sabemos que la tragedia de aquella Dictadura militar que quiso librarnos de los partidos, fué su ingénita falta de capacidad para tan grande cometido: como que hasta cayó en la torpeza de crear por su cuenta un partido nuevo que sirvió precisamente, con su fracaso y su cosecha de antipatías, para enterrarla. Y es que el **secreto** está en crear algo que—llámese o no **partido** a su vez—sea muy superior a todos ellos; pero, ¡entiéndase bien!, superior no en

el nombre, **sino en los hechos**; no sólo por las aspiraciones, sino por las obras. De esto queremos hablar brevemente, anudando así el hilo del anterior artículo en que apuntábamos ya lo que para nosotros es **la conquista del Estado**, señalando estos dos instrumentos tácticos:

Primero.—Reconciliar al pueblo del trabajo con la nación.

Segundo.—Crear un ejército de juventud que alcanzará y conservará el mando del Estado.

El orden de nuestro trabajo pide que hablemos primeramente con algún detenimiento del segundo de estos términos.

La formación de un ejército juvenil—milicias—bajo la consigna del "Servicio a España", reúne todas las ventajas para una conquista a fondo del Poder público, para una revolución auténtica atañente más a los espíritus que a los medios de goce material, y para una eliminación definitiva del régimen de partidos, con la consiguiente instauración de un Estado nuevo.

Las milicias nacionales alistarán a la juventud en un **organismo moral y disciplinario de fuertes deberes, fuertemente practicados**. Precisamente lo contrario que hacen todos los partidos, atentos a explotar cuesta abajo el repique de los derechos, las libertades, las prerrogativas de lo que llaman el "pueblo".

Con la enseña de LA PATRIA GRANDE, con el santo amor a la unidad nacional, la inmolación voluntaria de la propia libertad en holocausto de la España libre y el juramento de fe en los destinos imperiales de la raza, se creará en los jóvenes un espíritu nuevo: espíritu de grandezas, temple de conquista, sed de glorias.

Con el ejercicio de LA ACTIVIDAD FISICA, la educación deportiva y la afición valerosa a las inclemencias del campo y a la fatiga de las marchas, se vigorizarán prácticamente los grupos jóvenes alistados. Se impondrá a los milicianos el

conocimiento y la afición de lo campesino, de lo que sabe y huele a la tierra madre, donde sudan y mueren los que de verdad producen para todos. Este éxodo habitual de los jóvenes, principalmente los de la población urbana, hacia la tierra, es condición principal de salud inspiradora, es indicio de la orientación inevitable de la política del porvenir: **una política campesina, "terricola"**. Y es un contraveneno de alta urgencia para el estado decadente de la raza, huida de la tierra, de las actuales generaciones sumidas—incluso las rurales—en un vértigo inconsciente de urbanismo y molicie.

Por último, **EL EJERCICIO VOLUNTARIO, PERO SERIO Y RIGUROSO, DE LA DISCIPLINA**, de la obediencia a los jefes, eliminará en los jóvenes el tóxico individualista y libertario. ¡Ciegos son los que no ven que la médula de la debilidad española en sus siglos de decadencia, y más en la última centena, se llama así: individualismo egocéntrico, repugnancia por las empresas colectivas, escepticismo contra todo lo que suponga disciplina!...

Para muchos, la disociación catastrófica de los españoles es incorregible. No hay lugar común ni tópico manido como este: "el español es de un individualismo feroz; aquí no es posible ni la unión ni la disciplina". Tópico que, no por estar ciertamente muy justificado, deja de ser especial. (1).

Sí: eso del individualismo incorregible de los españoles es una frase que merece ser desmentida. Hay individualismo, es cierto, pero también puede haber disciplina. El toque—¡y el triunfo!—está en acertar con las ideas unitivas y

(1) No falta quien acertadamente le contradiga presentando modelos de empresas españoles privados con ejemplar aplicación de la disciplina y de la unión en obsequio del fin, y hasta casos de mayor cuantía, con disciplina irreprochable, como la Compañía de Jesús y la Guardia Civil. Las dos con admirable y uniforme sujeción de las voluntades y de los entendimientos hacia el fin corporativo: Fin de milicia, en una y otra. Y a buen seguro que no hoy en el mundo Jesuitas más ignacianos (Ignacio, capitán) que los españoles, ni policía que supere a la Guardia Civil en voluntaria y perfecta disciplina.

accionar con habilidad para introducir su confesión y su ejercicio en la juventud.

¿No os parece que es esta tarea digna de un nuevo movimiento? ¿Creéis que alguno de los partidos existentes intenta siquiera realizarla?

Pues sólo aquel "partido" que lo consiga merecerá eliminar a todos, habrá hecho la verdadera revolución y tendrá derecho **totalitario** al mando del Estado.

6-III-33

Teoría «Constitucional»

I

La Constitución nuestra.-Lo legal.-La Dictadura Nacional

Si nos preguntan de qué régimen político somos partidarios contestaremos sencillamente: **del nuestro**. No busque nadie en el programa del nuevo movimiento una descripción precisa de cómo ha de ser la constitución que propugnamos. Para nosotros la constitución no existe. Ni nos importa la constitución actual; como no sea en lo que materialmente nos es obligado a aceptarla o soportarla, ni hay otro catecismo de normas solemnes articuladas y capituladas que ofrezcamos como preferibles. No, no le diremos al pueblo: "en esta constitución que nosotros llevaríamos a la "Gaceta" está la felicidad tuya: síguenos porque tenemos la fórmula de tu salvación". Y esto sencillamente, porque ninguna ley salva, ni hay constitución ni principio de régimen político al-

guno capaz de hacer feliz y grande a un pueblo. Lo que salva es la fidelidad, el talento y el trabajo de los que mandan cuando el pueblo los asiste y los sigue con fe en los destinos nacionales y con disciplina voluntaria. Esa hermandad de los hombres que dirigen con los hombres que obedecen no la dan las leyes, sino la posesión clara y animosa de un ideal nacional atemperado al espíritu popular y a las tradiciones de la raza.

Por eso todos los esfuerzos de la juventud nacional puesta en pie mirarán a despertar al pueblo con la profesión de un ideal vivo, fuerte y grandioso: **ideal de justicia social, de libertad para la Patria y de gloria para la raza**. La juventud que surge para construir la España grande no puede envilecer sus ímpetus y malbaratar su actividad en luchas arcaicas por una constitución vieja o nueva.

La constitución política la haremos nosotros paso a paso, con los derechos que conquistemos para el pueblo en su marcha heroica hacia un Estado nacional, primero. Y con la obra continuada y pacífica del Estado Nacional para construir la España grande, después. Esa **constitución, hija y no madre de actividades en período de madurez; resultado y no punto de partida** de un pueblo que se salva y construye su porvenir por las manos de los hombres que hayan sabido despertarle, es **la constitución nuestra**, esa queremos y no ninguna otra sacada de los libros o copiada de las que políticos y teorizantes extranjeros han tenido a bien discurrir.

Pero dice la "juridicidad" usual, en nombre de los dogmas constitucionalistas: "El Estado necesita una regla jurídica fundamental. Los derechos individuales deben garantizarse y regularse por una norma preexistente, fija e igual para todos". A esto se ha convenido en dar los títulos de normalidad, gobierno legal, Estado de derecho y otras bellas fór-

mulas tan aplaudidas como nunca gozadas. "No hay estado de derecho—se dice—sin Constitución."

Pues bien: nuestro primer deber en esto que llaman problemas constitucionales, es desentendernos de ellos; no caer ni por un momento, teórica ni prácticamente, en el lazo del constitucionalismo. En él se enredan y paralizan las energías de los hombres públicos; la ilusión constituyente es una sima sin fondo, donde se pierden miserablemente los afanes de salud que alientan de continuo en el alma del pueblo.

Ya lo hemos dicho: fe en los hombres y no en las fórmulas; fe en la conducta de los que mandan y no en las llamadas leyes fundamentales. **El desprecio por la mitología constitucional es, pues, una piedra sillar de nuestro ideario.**

Pero, entiéndase bien. No nos desligamos de las fórmulas porque neguemos el derecho de los ciudadanos a vivir en el Estado con las garantías necesarias para su libre desenvolvimiento. Lo que hacemos es rechazar el concepto liberal de las libertades y derechos individuales, por un lado; y encomendar, por otro, a la ley moral y a la fe en los hombres encargados de respetarla y traducirla desde el Gobierno, la garantía que ofrecen y no dan las constituciones.

No es que sustituyamos por la arbitrariedad del soberano personal la seguridad de las leyes fundamentales escritas. Es que hemos perdido la fe en éstas y condenamos por inútil y mendaz el barullo político de más de un siglo consagrado exclusivamente a encontrar una postura "legal".

Lo "legal" en el pensamiento de los políticos, y en la conducta de los infelices electores que votaron un régimen sedientos de "legalidad" era este: la posibilidad imparcial de que todas las ideas buenas y malas, todos los partidos viejos y nuevos, nacionales o antinacionales, pudiesen convivir pacíficamente y aspirar al Poder.

¿Quién no ve hoy que esa pretendida legalidad fué un

cebo para la ciudadanía y que mordiendo en él cayó el pueblo en la tiranía de los antinacionales? ¿Quién cree hoy con corazón abierto y fe desinteresada en la "legalidad" tal como la ofrecieron y como se contiene en el credo constitucional del 31?

El problema de España no es hoy garantizar a todas las ideas y a todos los partidos el derecho de hacer política. Es cabalmente el de proscribir las ideologías y partidos que corrompen al pueblo, deshacen la economía y ponen en peligro la misma existencia de la Nación.

No podemos creer en la Constitución porque nadie, ni los que la han hecho están por cumplirla. No podemos creer en un porvenir liberal porque en la frontera del porvenir, precisamente, vive el marxismo en sus varios colores amenazando anegar en suciedad materialista y en sangre hasta las libertades más caras al individuo, a la familia y a la Patria. Y no podemos conformarnos con medios y modos constitucionales para luchar porque los enemigos de la justicia y de España rebasan toda ley y nos invitan a la violencia.

Y he aquí por qué el porvenir inmediato de España, si ha de salvarse, y **nuestro programa constitucional, por tanto, es prescindir de las preocupaciones constitucionalistas.**

Llámesese, si se quiere, dictatorial nuestra doctrina: sí. Pero no de dictadura antinacional como la del marxismo, ni dictadura de clase ni de grupos militares, sino Dictadura popular al servicio de España sostenida por la generación joven en pie de milicia: nuestro ideal de la España restaurada, el heroísmo de los métodos para la conquista del Estado y la adhesión entusiasta del pueblo del trabajo serán títulos bastantes para el ejercicio de la Dictadura y el arrinconamiento efectivo de los mitos constitucionales.

II

¿Qué queda del liberalismo? - Panorama político español. - Consecuencias

Somos antiliberales. Esta afirmación de nuestro ideario nos proponemos explicarla y justificarla con la menor cantidad posible de nuestra prosa.

Pero empecemos por declarar que con esa posición antiliberal paladina y honradamente formulada desde el primer momento, no queremos significar que sean más liberales nuestros adversarios. Al revés: cada día que pasa se demuestra que nuestros adversarios absolutos—masones y marxistas—llevan la palma del antiliberalismo.

Por eso, resulta hoy innecesario prácticamente, y casi ridículo, esforzarse en refutar el liberalismo con copia de razones, como pudo ser oportuno hace veinte, cincuenta o cien años. ¡Para qué, si ya nadie es liberal!...

— Agoniza, sí, en el mundo el sistema liberal, que basa la organización política en la libre concurrencia de las más diversas o contrarias ideologías y en la mística de los Derechos del Hombre, superiores al Estado y a la Nación.

Y en verdad que no es España de las naciones más rezagadas en este avance antiliberal de los métodos políticos. Ni seremos nosotros quienes lamentemos esta veloz cancelación de las ilusiones liberales, que en el caso presente es ilícita y fraudulenta.

Porque entre nosotros son los paladines y los hijos y nietos de la Libertad quienes con más saña y resolución la aho-

gan en sus brazos. Pródigos en fraudes y sofismas, han inventado esta bárbara proposición que exhiben como impúdico gozo ante todas las miradas: "NO HAY LIBERTAD CONTRA LA LIBERTAD".

Si mal no recordamos, fué Albornoz (el más seguro y avanzado proveedor de "ideas" entre los azaño-marxistas) quien primero lanzó y reiteró el infame truco. Si estas gentes tuviesen interés alguno por razonar y responder de sus despóticos actos y conceptos, deberían explicarnos **qué libertad es ésa** contra la que no se admite ninguna otra. Será la suya la definida y querida por pocos o muchos hombres: pero si otros, pocos o muchos, negamos que esa sea la verdadera libertad, ¿con qué derecho en nombre de una libertad que reputamos falsa se nos quiere arrebatar la nuestra?

Mas no nos gastemos en silogismos y consideraciones. Necio será quien pretenda entablar disputa con un látigo o un estómago. Aquí se trata de pegar porque se puede, y de comer mientras se tiene el presupuesto al alcance.

* * *

Encontrar hoy un "liberal de buena fe" en la política española, es tan difícil como pueda serlo hallar una persona decente entre los jefes marxistas.

Mire el lector al Congreso de los Diputados: allí no encontrará a Sánchez Guerra, uno de los más empedernidos y funestos liberales; cuando hizo todo el daño que pudo y supo, se retiró el hombre, con su chocha vejez, a devorar como otros muchos, en el silencio, no sabemos si el espanto ante las consecuencias de sus torpezas, o la envenenada satisfacción de quien ha colmado su personal despecho. Allí no encontraremos al puritano Ortega, absurdo abanderado-nietzscheista de las carcomidas vaguedades liberales; también fracasó y también se escondió valientemente. Ni Mara-

ñón, otra virgen demoliberal, famosa por sus raros silencios. Ni a Romanones, el genial inventor de las últimas y trágicas elecciones liberales de España, limitado hoy a inofensivos guiños políticos de pasillo y rincón o a la conservación y defensa de sus fincas.

Tampoco podemos llamar presentes en la política, ni al crédulo orador don Melquiades, ultrajado con algazara y unánime altivez por tantos de sus "correligionarios" antiguos que hoy se sientan en las más altas poltronas; ni a Lerroux, irremisiblemente condenado a la esterilidad, cisne con voz agónica cuyo fallecimiento político aguardan con tanta seguridad como falta de respeto sus aventajados compañeros de república: nada influye Lerroux, ni está probado tampoco que sea un auténtico liberal. Como nada influye Unamuno, profesor de tronco liberal, sí, pero poblado de injertos bastardos, de ramas paradójicas y de roñas y espejuelos entremezclados.

No hay liberales. Sólo la provincia de Valladolid eligió uno; el único que mantiene con militante y entera constancia las puras esencias del liberalismo teórico y práctico. Es Royo Villanova—aragonés también en esto—, sostenedor fiel frente a una dictadura sucia e hipócrita, de los argumentos optimistas del "laissez faire". Su denuedo sólo es comparable a la esterilidad de sus combates, y hartas veces nos ha notificado que en nada le hacen caso: como que el liberalismo, en cuyo nombre se alcanzó la revolución, yace enterrado bajo siete estadios de tierra, con la Constitución, y la Ley de defensa, sirviendo de losa al esqueleto histórico de tantas promesas y esperanzas... No hay apenas liberales ni liberalismo en el mundo, ni menos en España, donde si se dió y se da como en ninguna parte la licencia de los díscolos de arriba y de abajo, nunca funcionó con inglesa limpidez y serenidad el mecanismo constitucional.

La licencia y la indisciplina se han hinchado, claro es, hasta rayar en la epilepsia, bajo el Estado antinacional. Y para perderse del todo la libertad legal, ha hecho falta construir previamente una Constitución que más de 20 veces prohíbe a los Gobiernos las evasiones dictatoriales "bajo ningún pretexto".

Es que ha progresado mucho, a compás con el auge de la masonería en ciertos suelos, el cinismo como valor político, la emboscada como respuesta al contradictor de buena fe, la traición como mérito digno de alto encomio, y el terror sistemático como contestación al pueblo quejumbroso. ¡Son los **nuevos** métodos, el estilo **nuevo...!**; palabras discurridas últimamente para licenciar los conceptos liberales y democratas, sin perder el sonsonete progresista. "¡Métodos nuevos, estilo nuevo!", esos son los efugios dialécticos con que se encubre el desfalco total de solemnes compromisos de libertad y justicia; recursos de literato atrevido y sin escrúpulos para suplir la carencia de un pensamiento político claro, acompañado de honradez y responsabilidad.

En eso ha venido a parar el liberalismo revolucionario, como la Constitución archiliberal desembocó en la Ley-mordaza y en el desenfreno monteril de caciques, casas del pueblo y autoridades pedáneas. Y "el brazo armado" de la revolución civil, el supuesto arrojo **liberal** de la U. G. T., las I. S., los partidos R. R. S., de A. R. de Izquierda y demás catterva conjuncionista, ya vemos en lo que concluye: en la apetencia descarada y locuaz de un mando absoluto, de una voluntad guerrera que tiene por único objeto defender palanquetas y asegurar lo mal adquirido. En una palabra: que la libertad liberal ha degenerado en lo que impropriamente —y precisamente con intención injuriosa— se llama **fascismo**; pero en un fascismo jacobino y marxista, vacío de ética, ayuno de ideas nacionales y de respeto al pueblo. Algo así como

una tropa invasora sobre un pueblo burlado y saqueado al que se intenta despojar violentamente de todas sus defensas...

* * *

Muerto, pues, el liberalismo a manos de los "hijos de la Libertad y la República", nada tenemos que llorar los que no nos preciamos de descendientes de esas madres. Asistimos al sepelio con la tranquilidad de quien se ha quitado un trabajo de encima: el de combatir las ideas liberales con razonamientos, cuando son tan baratos y abundantes los ejemplos de su fracaso.

Mas como somos súbditos de la claridad y la responsabilidad en las doctrinas, fijaremos con la deseada brevedad nuestra posición teórica en el siempre interesante problema de las relaciones entre la libertad y la autoridad: tema será éste de otro artículo.

27-III-33.

III

La superstición liberal.-Ni liberales ni autocráticos. El credo bárbaro y falso

Es indispensable arrancar de la cabeza de muchos esa superstición francesa de los "Derechos del Hombre". Lo cual no quiere decir que hagamos tabla rasa de cuanto en ella plugo catalogar, como prerrogativas invulnerables, a los calenturientos e hipócritas teorizantes de 1789, sino sencillamente que no **queremos someternos** a ser sectarios de esa religión.

Yo pido a nuestros jóvenes que mediten un momento nada más en la majadería insigne de tantas generaciones políticas españolas pendientes, más que de Dios, de la ley sinaítica promulgada por aquellos desalmados racionalistas de la "Grande Revolución". A partir de ella, hasta el mes de abril y el de junio de 1931, ha sido forzoso adoptar ante el gran pueblo el convencimiento de que no hay modo legítimo de gobernar que no se ajuste a la mitología constitucional, liberal y pseudodemocrática contenida en la fórmula de "la Constituyente" francesa. Se rindió en su mayoría la opinión intelectual al dogma: **"País en que los derechos individuales no están asegurados, no tiene Constitución"** y no se supo concebir el gobierno legítimo, normal y permanente si no funcionaba en Madrid la máquina constitucional francesa. Y aun hoy, cuando el fraude más escandaloso y sangriento que registra la historia de las hipocresías constitucionalistas, ha trocado en tiranía las amplias promesas liberales del 31, toda la opinión media y pacífica—la opinión española—se ve dirigida por los que claman, desde una docena de partidos políticos, en favor de una "normalidad constitucional". Esa es desgraciadamente, todavía, la batallona cuestión que mueve la rueda de la política, y es la pobrísima aspiración de la masa siempre tiranizada y burlada.

Claro que también apuntan por el lado de la juventud y en extensas zonas de la multitud productora y apolítica, pujantes anhelos de romper para siempre el círculo de hierro del liberalismo. Nuestro ideario responde a esos anhelos en la seguridad de que el porvenir nacional o es de éstos, o es del bolchevismo entreverado de anarquía. De ningún modo de la pseudodemocracia ochocentista.

* * *

Nuestra originalidad y nuestra firme doctrina radica en esto: en que **no oponemos a la moribunda ideología francesa, falsamente llamada de libertad y democracia, una posición**

autocrática en que el individuo se sienta absorbido por el Estado, esto es, sujeto en su libre desenvolvimiento al capricho del partido dominante: no. Mienten los que nos llaman **fascistas**, como se engaña quien entienda que el movimiento nacional tiene simpatías por una situación absolutista cualquiera, por ejemplo, la derivada de un predominio militar. Como no somos partidarios de la tiranía hipócrita del Parlamento ni de la sucia arbitrariedad de los marxistas, tampoco clamamos por un régimen unilateral de fuerza, de los llamados derechistas, en que el **hecho** del mando guíe la definición de los derechos de individuos y grupos sociales en el Estado.

Hay una afición petrificada—resultado de la rutina y la ignorancia—a formar cada cual su criterio político con arreglo a los lugares comunes que llenan en cada época el ámbito inculto de la publicidad. Así la mayoría no sabe figurarse que haya otra cosa diferente del constitucionalismo sino la autocracia, y juzga que todo lo que no sea Parlamento y elecciones con sufragio "universal, igual y directo" es absolutismo. Por eso hoy todos creen que, por la derecha, no hay nada diferente del **liberalismo** sino el **fascismo**. (Por supuesto, los que así discurren—que repetimos son hoy la inmensa mayoría—incurren en disparates tan gratuitos y risibles como, por ejemplo, el de equiparar en lo jurídico y legal la situación hitleriana de Alemania con el fascismo italiano. (!!).

Nuestros jóvenes tienen que romper con la rutina, entre otras muchas razones, por ésta bien objetiva: porque arguye incultura y, frecuentemente, necesidad.

No: ni nos subimos al platillo de la **dictadura** como único contrario en la balanza política al de la **democracia**, ni nos apuntamos en una imaginaria internacional de doctrinas que se ha convertido en llamar fascistas. **Nosotros a lo nuestro y en lo nuestro.**

* * *

Cuando decimos que debe romperse la superstición de los "Derechos del Hombre", significamos que la Declaración francesa como credo político internacional y perpetuo es un mito falso, fingido y bárbaro. Esto es: que no hay enfrente y en contra del Estado el número **fijo** de derechos individuales **absolutos** que allí se coleccionan. Ni es aceptable que el Estado español resulte sometido para siempre, aun por encima de la voluntad y conveniencia de la nación, a una filosofía que se sacasen de la cabeza Rousseau, Sièyes, Condorcet, Mirabeau y demás compañeros, predecesores y secuaces. Ni es verdad que la dignidad, el bien, la felicidad y menos el derecho de los individuos esté en practicar bien o mal, con acierto o error, las consabidas libertades de hablar, reunirse, manifestarse, pervertirse y rebelarse: pues eso es la Declaración francesa desde el momento en que toma categoría de dogma con fuerza de obligar sobre todos los tiempos y naciones. Es, por último, una mentira, demasiado cargante ya, que baste hacer grandes revoluciones verbosas y flamantes Constituciones liberales para que reine la libertad: aquí tenemos el curso de la pseudorrepública española chorreando sarcasmo por los caños de una Constitución de 125 artículos llenos de libertades liberales.

Afirmamos la libertad primera de España de abolir el imperio de la doctrina liberal-constitucional francesa y organizar por tanto los poderes públicos y las libertades del individuo, la familia, el municipio y las asociaciones privadas como convenga al pueblo español, según su experiencia histórica, su cultura propia y sus necesidades y circunstancias.

Las libertades individuales y sociales en relación con el poder público, es decir, la llamada relación entre Autoridad y Libertad, no conoce un Código eterno dictado por los hombres que valga para todos los tiempos y lugares.

Nadie desconoce, salvo los que vitorean en la calle y en

las asambleas bárbaras su propio embrutecimiento al son colonizador de marselesas e internacionales, que en todos los pueblos las libertades se rigen más que por una ley permanente por invocaciones de la realidad que cambian como cambia ésta. No importa que otra cosa se proclame y se cante a diario. La Francia de la guerra, por ejemplo, no permitía el mismo uso de las libertades individuales que la Francia actual; y el francés o alemán de Alsacia no goza tan absolutamente de los "Derechos del Hombre" como el francés de París, nada sospechoso de autonomismo. Y lo mismo se diga de los monárquicos franceses o del bretón con aficiones separatistas o del vasco y el provenzal si mañana levantaran una bandera con estrella solitaria. Dígase otro tanto del Imperio británico, donde los mártires de todos los tiempos, por raza o confesión, podrán acreditar el verdadero alcance de la teórica universalidad de las libertades inglesas. Hablen Irlanda, la India y el Egipto o los boers del Transvaal.

Lo hemos dicho ya varias veces: la mitología demoliberal, como otros mitos fabricados fuera, no tienen culto donde nacen y aún se presume, con lirismos a lo Herriot, de guardar "la sacrosainte religión de la liberté". Sirven para ejercer los especuladores y agentes imperialistas de las naciones hegemónicas, una dictadura mental corruptora en los pueblos débiles que se entregan espiritualmente al extranjero.

Mas en Francia, como en cualquier nación fuerte y bien regida, se toleran las libertades que no dañan gravemente a la unidad moral y territorial de la nación. Esa es la regla:
LA UNIDAD.

IV

Origen mental del liberalismo.-Hipocresía.-Nuestra oposición

La superstición de los Derechos del Hombre tiene su arranque filosófico en esta creencia: que el Estado es un mal necesario, o algo peor: un fenómeno histórico de opresión, destinado a desaparecer ante el progreso. Si el hombre es un ser venido de la felicidad del estado de independencia individual a la desgracia de la sujeción a un poder coactivo, lo fundamental en la organización de este poder es defender al individuo frente a él. El estado de la naturaleza y de comunidad libre sin leyes, es el perfecto.

Para los que llevan hasta el final la lógica de los principios liberales, además de **perfecto en la hipótesis**, es **posible en el tiempo**, y el deber de la comunidad de individuos está en arribar a él; en **retroceder, mediante el progreso**, a la libertad—anarquía—y a la comunidad libre de todos los bienes sensibles—comunismo "libertario".

Mas, sin avanzar, como la lógica liberal lo pide, hasta el anarquismo.

Todas las escuelas, teoremas jurídicos y partidos políticos que se orientan en el sentido del optimismo individualista, recelan—ien teoría, fijarse bien, sólo en teoría!—del poder y de las instituciones que lo encarnan: concentran su preocupación en definir y garantizar las defensas del asociado frente a la sociedad, del hombre gobernado frente al hombre que

gobierna, del individuo fatal o injustamente **sujeto** frente a quien por ley o por abuso **sujeta**, ejerce el poder.

A esta mística de las excelencias del libre individuo y a este pesimismo antiorgánico, se añade en la ideología liberal la duda sistemática—duda teórica también, más que práctica, o mejor que teórica **duda hipócrita**—ante el problema capitular de la verdad. "¿Qué es la verdad?", pregunta el liberalismo filosófico perpetuamente, negándose perpetuamente a admitir una respuesta con valor universal y permanente... La verdad, y por tanto el bien objetivo y universal, para el liberalismo, no existen; sólo hay presunciones de la verdad, esto es, "opiniones".

* * *

La convivencia política se transforma así—ien teoría, repetimos!—, según el liberalismo, en una especie de mercado espontáneo, donde todo ciudadano tiene la alta misión y derecho de inventar, exponer, vender y comprar los productos o los impulsos de sus grandes o pequeñas, nobles o miserables actividades mentales.

La posición de todo liberal (y lo mismo de todo marxista) en relación con el hombre históricamente solidario, con esa forma relativamente constante e invulnerable de convivencia histórica que es la **nación**, es una posición pesimista, agria y desengañada. El liberalismo y el materialismo son en política la rebeldía contra el pasado, la condenación de lo que fué y la ilusión supersticiosa en lo que vendrá, en el progreso.

Por eso se promulgó la ley religiosa de los Derechos del Hombre, mandando a todos los pueblos y naciones atenerse a ella, so pena de ser considerados como defensores malditos del regreso, de la opresión inicua y del obscurantismo antiguo.

En la práctica, como ya hemos mencionado en el artículo anterior, es claro que los mismos doctores de la nueva Ley, sin perder jamás su empaque de definidores, la quebrantan, excepcionan y mudan con elegancia o desvergüenza a tenor de lo que conviene. Y así es como en la conciencia universal del liberalismo hay imperios magnánimos y liberales por definición, como el inglés; hay democracias patrióticas y chauvinistas, como la francesa; hay anti-liberalismos liberales y progresivos, como el socialismo; y hay tiranías criminales y horripilantes que merecen la ternura de todo buen liberal de abolengo francés y la felicitación tácita de las Ligas de Derechos del Hombre, como la judío-soviética. Y hay, por último, naciones que no tienen derecho a reverenciar su historia e imperios que representan, porque sí, la iniquidad, las hogueras y la barbarie intencionada: esta última suerte (en la pinforesca y farsante "conciencia liberal" del mundo) está reservada a España; a su historia, cultura e imperio.

* * *

Nosotros no vamos a refutar con razones filosóficas ese desprestigiado liberalismo, casi unánimemente derrotado hoy, y que para nosotros no representa sino una religión imperialista, hinchada de hipocresía y destinada a embobar y vencer a pueblos inferiores o decadentes.

Nos limitamos a oponer a esa deshonrosa superstición, inapta para arraigar hoy en ningún entendimiento joven, nuestras afirmaciones radicalmente opuestas a la génesis filosófica del liberalismo.

Y así decimos:

El hombre nace obligado a servir y enaltecer con sus obras a la comunidad histórica que le produce en lo social y en lo político, como sus padres le producen en lo físico. Lejos de surgir el ser libre a la vida de relación con derechos de recla-

mación e ínfulas de garantías, viene adornado por los deberes primarios de ser útil a sus semejantes, sometido al rumbo solidario de la UNIDAD nacional de que forma parte. De esos deberes derivan sus honrosos derechos a una libertad útil y legítima.

Es falso que los hombres sean eternos y fracasados peregrinos de la verdad. Es quimérico y bárbaro esperar que la verdad surja del choque incesante e implacable de los derechos individuales.

La verdad moral, que es la primera interesante desde el punto de vista político, existe. A ella nos debemos; es la raíz de nuestra civilización y debe dedicarse la vida y el entusiasmo de las generaciones jóvenes a defenderla: es el cristianismo.

La verdad que pudiéramos llamar **social**, en un amplio sentido, existe también. Se deriva de la ley moral y de la experiencia histórica de las generaciones que engendraron la Patria. Esta, la Patria, su cultura nacional y cristiana, nos proporciona las bases primeras para realizar la justicia social deseable: "el dar a cada uno lo suyo".

Es conocida y aplicable también **la verdad política**, el caudal de principios precisos para una organización sabia y justa del Estado, y para convertir éste en soberano instrumento provechoso de progreso y de cultura.

Sin entrar ahora en el desarrollo de estas afirmaciones, quede patente la conclusión de que ellas sirven para desmontar los artilugios—que no doctrinas—liberales. Y sirven para que el substancial problema de **las relaciones entre Autoridad y Libertad** se conciba y se organicen éstas con libre abstracción del mito francés de los Derechos del Hombre.

V

Resumen contra el liberalismo.-El Estado de la Unidad nacional.-Su definición

Desechamos la confianza en la actividad política contradictoria de los ciudadanos. Afirmamos que la guerra política de grupos y clases beneficia permanentemente a algunos profesionales de la política, facilita las incursiones subterráneas de la finanza internacional, atenta a realizar sus grandes lucros en el río revuelto de las pasiones de partido, y obstruye el cumplimiento de la misión de defensa y protección que el Estado tiene en favor de los intereses económicos y espirituales del pueblo. Sostenemos que el pueblo es la víctima perpetua de las apetencias encontradas de las facciones políticas, y que, de hecho, éstas especulan, a manera de empresas movidas por el afán de lucro, con los valores ficticios que se apellidan libertades y derechos individuales.

El **liberalismo** y el **constitucionalismo** son, así, negocios explotados en beneficio de unos pocos y en daño de la comunidad. Repetimos que las libertades legítimas, útiles y sinceramente queridas por la generalidad de los ciudadanos, perecen más que se garantizan en el Estado liberal, esto es, en el Estado de la absoluta indiferencia **teórica** acerca de las ideas, con absoluta libertad **teórica** de propagarlas. Negamos la existencia histórica en el mundo de un Estado auténticamente liberal, normal y absolutamente regido por los principios dogmáticos consagrados en las Constituciones.

Proclamamos la convicción íntima del pueblo español de

que el mecanismo constitucional a base de una libertad absoluta de ideas y ambiciones políticas es gravemente perturbador en nuestra Nación en particular. Señalamos la experiencia escandalosa de siglo y medio de intentos y luchas liberales, que han servido de rémora para el verdadero progreso y de afrenta para nuestro nombre de nación unida y civil. Subrayamos con singular energía que la última experiencia liberal, la republicano-socialista de 1931, ha constituido un fraude completo, una flagrante inmoralidad con la que se ha consumado la quiebra definitiva del liberalismo en España.

* * *

En consecuencia: afirmamos que urge retirar la pretensión, boba en unos y en otros hipócrita, de organizar el Estado a base del liberalismo político. Esa pretensión es, en resumen, falsa, inasequible, perturbadora, antipopular, extranjera, atrasada, y, en la España de hoy, burlesca y criminal.

La más elemental seriedad doctrinal y patriótica impone reconocer que España precisa una revolución a fondo de la mitología desgraciada que ha sido el origen de las luchas internas de siglo y medio: el pueblo anheló siempre, y sigue anhelando, una estabilidad política y un Estado nacional libre del asedio implacable de los grupos políticos. Este Estado no puede constituirse con base liberal; tampoco puede serlo el Estado socialista, en que los representantes presuntos de la clase proletaria sometan la Nación a locas experiencias y ahoguen todas las libertades del espíritu y de la economía.

Queda exclusivamente como posible un Estado nacional, a la vez que fuerte, popular, inspirado por principios declarados de UNIDAD. La confianza en la UNIDAD civil, pacífica y progresiva, y la orden dada a todas las fuerzas indivi-

duales y orgánicas de la nación para conseguirla, sustituirán a la vieja pretensión de vivir normalmente ("constitucionalmente") en medio de la libre discordia. El constitucionalismo, tela de Penélope de la actual chochez política, será rasgado por la voluntad juvenil de vivir y trabajar unidos **sin Constitución**. Y el peligro de la criminal superposición del marxismo, junto con la semilla de hambrientos que es la lucha de clases, se verá apartado definitivamente ante el triunfo de la UNIDAD política como ideal y como afirmación.

¿Y cómo se define la UNIDAD? Si quisiéramos hacer una tabla de ideas para delinear nuestro Estado nacional, ideas que fueran obligatorias para todos los ciudadanos, incurriríamos en dos vicios: primero, en el vicio monstruoso (no hablamos de cierto vicio íntimo, dígase entre paréntesis, con el que parece que el filósofo ginebrino precedió a ciertos revolucionarios bien conocidos de los españoles), en el vicio monstruoso de Rousseau, que quería se promulgara un credo civil obligatorio para todos los hombres. Segundo, en el otro vicio que veníamos flagelando del constitucionalismo. No: la UNIDAD fundamental del espíritu de los españoles no puede producirse ni debe señalarse de antemano **catalogando** las ideas permitidas y las prohibidas. La **unidad**—como equivalente espiritual de lo que se llama comúnmente "ideal nacional"—nace de la acción de hombres ejemplares, de su verbo constante y vivo, de su ascendiente y su potencia creadora a la cabeza del pueblo. Los **hombres** hacen la Unidad, los **hombres** crean (o resucitan) la **Patria**. Y cuando la Patria, viva e inteligente, surge al conjuro de las grandes obras de hombres que se atraen al pueblo, la Unidad está producida. Por eso lo importante, lo substancial, lo salvador—y lo revolucionario—no son los credos, ni las palabras, ni los programas, ni las constituciones, sino **los hombres**.

Pero dicha (o repetida) esta gran verdad, fundamental en

nosotros, digamos que la UNIDAD, si no se puede definir de manera perfecta y perpetua, sí se puede dibujar por algunas afirmaciones o negaciones principales. Helas aquí:

1ª.—Sustitución del liberalismo filosófico por el respeto positivo del Estado y de la colectividad a **las verdades cristianas**, que son la fuente moral de la civilización.

2ª.—Eliminación del dogma marxista de la lucha implacable de las clases, aceptando la fe activa en **una justicia social** que el Estado impondrá sobre la base de una conciliación obligatoria entre todos los elementos de la producción.

3ª.—Cancelación de la influencia ejecutiva de toda clase de Internacionales, sectas e imperialismos extranjeros. Afirmación neta de una independencia eterna de nuestro pueblo y cultura, concretada en el prestigio soberano del Estado nacional.

4ª.—Lucha implacable, hasta la extirpación, contra los inventores y secuaces de cualquier separatismo territorial, sin perjuicio de admitir libertades regionales administrativas y jurídicas que no contradigan la unidad política de España, ni graven desigualmente a unos españoles para lucrar a otros.

24-IV-33

VI

Para terminar.-Libertades justas y derechos necesarios.-Alusión al fascismo.-Breves normas

No se puede dar por terminada una serie de artículos con la crítica del liberalismo y constitucionalismo sin hablar de la **garantía** de los derechos individuales. Desahuciar, como

hemos hecho en obsequio de la sinceridad mental, de las exigencias de la época y del pensamiento nacional, el mito francés de los Derechos del Hombre, no quiere decir que para nosotros no existan **derechos individuales**: no se puede negar, sin caer en la negación del hombre como ser libre y responsable, que éste posee una zona de facultades propias que el Poder público no está llamado a invadir; un conjunto de prerrogativas civiles que son anejas a su dignidad natural, y un derecho solidario a ser gobernado en justicia. Si este derecho y esas prerrogativas y facultades se quieren llamar libertades, o **derechos individuales**, concluamos que nuestro ideario, abominando de la superstición funesta y mentirosa de los Derechos del Hombre, sabe no obstante que el individuo, como la familia, tienen derechos naturales no **frente al Estado**, pero sí ante el Poder del Estado.

Decimos que no frente al Estado, porque éste no puede jamás entrar en conflicto con sus componentes, como el Ejército no puede ser objeto de reclamaciones y diatribas por parte de los que sólo tienen la misión, que es deber y gloria, de poner su vida al servicio de él. El Estado, con sus leyes, su tradición y las instituciones inviolables que no pueden faltarle, es la nación misma puesta en marcha de civilización, de justicia y de gloria. Todos los que la integran deben servirla—servir al Estado—, y nunca entran con el Estado en conflicto, porque sus libertades justas y sus derechos necesarios forman parte de la naturaleza misma del Estado: es de la esencia de éste defenderlos o protegerlos.

La garantía de las libertades justas y los derechos necesarios de las personas y las familias no se entiende, pues, frente al Estado, sino ante el Poder del Estado, o mejor, ante las personas que en un momento dado le representan.

Ya se comprende que esta materia es suficiente por sí sola para hacer un buen tomo de "derecho comparado" en el que por exigencias de la moda el escritor joven iría a parar, a buen seguro, en lo que ya se pueden llamar "lugares comunes" del fascismo. A nosotros no nos incumbe, como venimos repitiendo con frecuencia, desenvolver aquí un tratado jurídico, sino trazar unas ligeras orientaciones políticas. Ni nos place aceptar la dialéctica—que mejor se debe llamar dialéctica que doctrina—de Mussolini sobre las relaciones entre el Estado y los individuos: lo que se llama en esto **doctrina fascista** son, a nuestro juicio, supuestos tácticos pasajeros, incongruentes como cosa fija, que el talento combativo y constructivo de Mussolini ha ido adoptando a medida de sus inspiraciones concretas y personalísimas para gobernar a Italia en los últimos años. Allí hay argumentos magníficos para abatir las mentiras y ordinarieces del liberalismo francés; hay hermosas imágenes y alocuciones para poner a una nación en marcha guiada por un Jefe que personifica en un momento histórico al Estado: hay una estrategia revolucionaria, una nueva táctica para afrontar los problemas del Estado Moderno, y hasta una técnica política y social, que en gran parte merecen ser universales. Lo que no hay, propiamente, es una doctrina de derecho público, por mucho que se aparente; el **fascismo** cambia en su trayectoria, como cambia el calendario en el curso del año; no estamos seguros de que ni siquiera la "doctrina" que parece ser característica y fundamental, la de la supremacía semipanteísta del Estado sobre todo lo demás, sea mantenida por Mussolini hasta su muerte.

A nosotros no nos interesa trasladar como doctrina fija a nuestra "teoría constitucional" las cambiantes, oportunistas del fascismo. Preferimos, como es inevitable por el estilo profundamente transitorio y revolucionario de los Estados modernos, dejar pendientes, en una lícita imprecisión, estos

problemas que tanto se prestan a ser resueltos brillantemente del modo más contradictorio. Diremos sólo, y de forma muy resumida, porque para más no tenemos espacio, algo que remate el hilo de nuestra disertación en el tema de las garantías de los derechos individuales y familiares ante el poder público:

1.º Que entendemos definidos esos derechos y libertades en la tradición y costumbres civilizadas de nuestro pueblo como nación cristiana, y aun en sus códigos comunes, por lo que es vano, innecesario y poco conveniente para la paz pública una nueva definición.

2.º Que las libertades necesarias para la prosperidad de las familias, la vida y la honra de los ciudadanos deben ser no sólo defendidas, sino positivamente fomentadas por el poder público.

3.º Que no hay nada que se oponga, en el Estado Nacional, a la igualdad moral y jurídica de los ciudadanos. No hay más desigualdad ante el Estado que la adquirida por propios méritos en servicio del pueblo.

4.º Siendo el Estado Nacional un Estado de Unidad, que acepta unos principios inviolables de salud nacional y rechaza los que atentan contra la Unidad fundamental de la Nación, no hay libertades políticas contra esa Unidad.

5.º Las libertades de actuación política deben atemperarse al momento histórico nacional. En los comienzos del Estado Nacional, las libertades de actuación política deben subordinarse a la necesidad suprema y urgente de reconstruir la España grande con abstracción de toda discordia intestina. Es inevitable un período de Dictadura nacional y popular para salvar a España de la dictadura marxista y reanudar la marcha imperial de la raza.

La nueva política

Recapitulación.—El fraude, la reconquista, el Estado del porvenir.—Continuación.....

Las ideas hasta ahora desenvueltas en nuestra serie de artículos se han referido a tres aspectos de las preocupaciones políticas actuales, a tres capítulos de un ideario político de juventud.

PRIMERO.—La crítica de la falsa revolución del 28 de junio del 31, que cada día con creciente unanimidad se enjuicia como nosotros lo hemos hecho: viendo en la **emboscada constituyente** de aquel año la madurez de unos antiguos planes de desnacionalización. Se aparentaba y largamente se ofrecía un Estado republicano fiel, pacífico, liberal y español y se forjaba clandestinamente lo que hoy padecemos: una dictadura hipócrita, a las órdenes de fuerzas extrañas al sentimiento popular, contrarias a sus dolientes anhelos y enemigas juradas de los intereses nacionales: **masonería, separatismo, mar-**

xismo. Es el **Estado antinacional**, instalado y en marcha desatentada no sólo contra el pueblo, sino contra el mismo voto electoral de abril y junio que aparentemente le sirve de título legal.

SEGUNDO.—La consecuencia inmediata que fluye de lo anterior, es la que ciertamente invade hoy el cerebro y el pecho de toda la España juvenil con libre conciencia. Si el Estado es antinacional, no puede ser aceptado ni en todo ni a medias. Se impone una cierta y completa Reconquista: con los tiranos extraños, ni cabe pacto ni ellos le admiten. La lucha es, fatalmente, de eliminación recíproca; o **España o la Antiespaña**. Prescindiendo de la mera forma, de lo que se llama cuestión de régimen, la juventud nacional debe arribar a la conquista total del Estado español. Y esta era la segunda parte de nuestros anteriores comentarios: **la conquista del Estado**. Que no se alcanzará con la simple creación de un nuevo partido, ni con la concordia externa entre los existentes, sino por la irrupción en la vida pública de una juventud **revolucionada** en sus ideas y costumbres políticas, y, como revolucionada, REVOLUCIONARIA a su vez.

Esa conquista cierta, total y definitiva del Estado español supone y requiere la realización de estas dos tareas, verdaderos milagros de tesón, sinceridad e idealismo: Primero, **Creación de un Ejército de juventud** que sea instrumento de conquista, título real de la misma—muy superior al que pueden alegar los partidos políticos—y garantía, además, de perpetua conservación de lo conquistado. Segundo, **Incorporación del pueblo a la Nación**; conversión de las masas hacia los ideales y deberes tradicionales y únicos de la Raza, y consagración recíproca de la Nación al pueblo: el Estado para el pueblo, o lo que es lo mismo, **Estado Popular, justicia social**. Nada de Estado "conservador"; nada de reiteraciones burguesas.

TERCERO.—A continuación de esas ideas que nos parecen suficientes para crear en todo español joven un estado de ánimo sano y santo, firmemente nacional, comenzamos a ocuparnos de los pensamientos constructivos del **Estado del porvenir**. Por exigencias de la costumbre discursiva en estos asuntos, esbozamos una a modo de "**teoría constitucional**". Que consiste, sintéticamente, en esto:

Primero.—Proclamación elemental de que la nueva España se rebela contra las fórmulas transitorias con apariencia de eternas; subjetivas, mendaces e incultas fórmulas, importadas hace siglo y pico, que constituyen la mitología de los Derechos del Hombre ("del hombre francés", como se dijo ingeniosamente en otro tiempo).

Segundo.—Que rechazamos al liberalismo filosófico como doctrina extranjera, caprichosa y funesta: es falso que el hombre se encuentre condenado a emigrar perpetuamente en busca de la verdad. La verdad moral, que es la primera interesante desde el punto de vista político, existe: es el cristianismo.

Tercero.—Al absurdo y mil veces desacreditado liberalismo constitucional, causa de todas las vergüenzas y desventuras de nuestro siglo XIX y trampa final de la fraudulenta revolución del 31, le reemplazamos por una decidida aspiración y programa de UNIDAD entre los españoles. **Unidad** político-territorial: extirpación de todo separatismo, sin perjuicio de las autonomías jurídico-administrativas que la realidad imponga y no perjudiquen ni a España ni a los españoles. **Unidad** en algunas ideas sustanciales de alcance nacional, como son la fidelidad a la Historia patria y el cumplimiento del destino imperial de la Raza en el mundo. Y **unidad** en lo económico-social, con la armónica colaboración de todas las clases.

* * *

Esa es resumidamente nuestra "doctrina constitucional",

que se completa con una que pudiéramos llamar "regla de procedimiento": ni de las fórmulas ni de las leyes esperamos la transformación y el triunfo: lo esperamos todo de los **hombres** que con su mente, su verbo y sus puños lo realicen. "**Fe en los hombres, y no en las fórmulas**": nuestro régimen, inevitablemente, será más personal que formulario. Estará confiado a una jerarquía formada en la conquista del Estado y en el servicio a la Nación. Por eso es indispensable la **milicia**, por eso nuestra revolución será la única verdadera y honda revolución.

* * *

No creemos que a los lectores enoje o aburra esta repetición de conceptos fundamentales. No intentamos con nuestros artículos lucir ingeniosas novedades ni facultades literarias de ningún género. Queremos orientar, o, mejor, convenir en las orientaciones de la juventud nacional que se incorpora y lucha. La repetición es indispensable para afirmar las ideas y mover las voluntades.

Además, el hilo de nuestras disertaciones pide conexión y refresco de memoria. A todo lo dicho hasta aquí seguirá la exposición del contenido **económico-social** de nuestra nueva política. Antes de ello o simultáneamente, cultivaremos, por razón de su destacada preeminencia en el concepto del Estado Nacional, aquello que se refiere a la **educación del pueblo**. No se olvide que nuestra tarea es fundamentalmente revolucionaria o de recreación (recreación de España, del pueblo español). Los medios o instituciones principales de esa educación revolucionaria, regeneradora, son éstas: **la Escuela, la Universidad, la Religión, la Milicia, la Prensa**.

Todos estos temas se han de tocar por separado.

5-VI-33

El Estado nuevo

Necesidad de un pensamiento propio.-El Estado económico.-El confesionalismo laico

La juventud nacional debe abordar los problemas económicos y sociales con un pensamiento propio. Ha pasado el tiempo en que sólo les prestaban atención los técnicos y las minorías obreras en movimiento. La política llena hoy la vida, y conmueve especialmente a la juventud; y la política se ve invadida de sustancia social y dominada por las preocupaciones económicas. Nosotros somos una juventud que de la política hacemos una segunda profesión, porque en ella se juega con urgencia y riesgo inauditos la existencia misma de la nación y el honor de la sociedad. Debemos adquirir, por tanto, un claro pensamiento económico-social y actuar en su servicio. Si careciese de él nuestro movimiento no tendríamos derecho a aspirar a ninguna conquista seria; constituiríamos un pasajero motín de bulliciosos. Y si la convicción de qué

somos hondamente revolucionarios en presencia del sistema injusto y desordenado de la economía sólo la poseyeran las cabezas de la organización, dejaríamos de ser tales revolucionarios. Porque no hay revolución fecunda y posible siquiera—y menos en lo económico-social—que no sea sentida y servida por una masa, por un ejército popular. Todas nuestras ideas y nuestros pasos necesitan ser soberanamente **populares**.

* * *

Nuestro movimiento, en resumen, tiene dos mitades. Dos sólo: que no se funda en tres o más afirmaciones con prestigio equivalente, ni hay manera de ver en él otras finalidades que las enunciadas en síntesis con estas dos expresiones: ESTADO NACIONAL y JUSTICIA SOCIAL. De lo primero tratamos en los artículos hasta ahora publicados. De lo segundo vamos a hablar, principalmente, en los que sigan.

* * *

La primera regla de orientación sea esta: que el nuevo Estado debe asegurar por sí mismo **una economía fuerte** y ordenada para la Nación y un **equilibrio permanente** entre los elementos que en la producción intervienen.

La conjunción de ambos intervencionismos, el **económico** y el **social**, constituye la característica dominante de nuestro sistema, característica reforzada por este precepto: "**Asentar la organización política del Estado sobre la organización económica**". El Estado debe responder con su actividad a las necesidades económicas y a los imperativos de justicia social; no a determinadas abstracciones teóricas y a principios impalpables.

El siglo que muere es el XIX; la reacción republicano-socialista ha transportado a España a una época de falseda-

des ideológicas y mentiras democráticas que podrían tener alguna explicación hace cien años. Contra esta visión reaccionaria del Estado y de la política, hecha carne legal con la Constitución extranjera, pedante y prostituida del año 31, surge oportuna nuestra concepción del Estado Nacional. No tiene éste por fin proclamar y asegurar la libertad y el pacifismo en todo el universo, y los derechos transcendentales del ciudadano a opinar en contra de su vecino y a morir de hambre mientras incendia y mata. Este es el Paraíso liberal-marxista construido con los detritus extrapirenaicos de una edad muerta. La edad nuestra pide **un Estado organizado francamente para la defensa y protección de intereses concretos** por orden de dignidad y necesidad. El primer interés, sin mengua ni rebozo sea dicho, es el de los que pasan hambre. Y el que le sigue en orden de dignidad y preferencia es el interés, inapropiable pero común, de la riqueza nacional. Conviene pararse a meditar la importancia de una tal concepción del Estado, frente a la que de hecho domina hoy en nuestro país: porque el Estado socialista en implantación es **abiertamente ideologista y confesional**. En él, el Poder público es el instrumento de un grupo—o sindicato—de partidos y sectas que se empeñan en modelar el alma de los españoles en el sentido preconizado por los políticos confabulados. A este fin confesional que ellos llaman laico y republicano, subordinan todo lo demás: se sacrifica la riqueza, la paz y el derecho y se exponen los altos intereses de la producción. El hambre obrera es corolario de una política de desenfundado confesionalismo: de la misma manera que la acotación forzosa de los municipios por la "ley de Términos" es responsable del hambre de los campesinos parados, así la acotación "constitucional" de las conciencias conduce a la opresión de las actividades productivas, porque para un Estado sectario y forjador oficial de conciencias lo que importa es

perseguir, incluso por el hambre, a los enemigos en ideas y llegar a imponer a todos el concepto de la vida humana que poseen los que mandan.

Tendremos ocasión de insistir en este aspecto del fraude masónico-marxista. Es muy interesante demostrar que el Estado antinacional, con toda su alharaca proletariana y sus furros revolucionarios de tramoya, no tiene ni política económica ni finalidades sociales: Es únicamente un complot de gremios políticos. Si alguna política económica posee es la que conduce a alimentar y enriquecer a los caudillos. Lo demás es pura terquedad confesional, es el afán de contorsionar los espíritus para satisfacer designios de odio y ambiciones de mando.

Por eso nuestro Estado, que no será nuestro, pero tampoco el instrumento partidario de un sindicato de políticos, proclama, en lo ideológico, su deber de conseguir y mantener la UNIDAD fundamental entre todos los españoles sobre los principios de mayor permanencia en nuestra historia y mayor arraigo en nuestro pueblo. Y alcanzada, sobre esa UNIDAD suave y vital, la paz de los espíritus, se consagrará a lo que son fines directos y obligados de un Estado moderno: **la ordenación económica y la justicia social.**

26-VI-33

I N D I C E

I N D I C E

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	7
Un árbol en Castilla.....	11

Hacia una nueva política

Para una política nueva.....	15
Hacia una nueva política.....	18
Contra la esclavitud del dogma parlamentario.....	22
Justificación de la violencia.....	24
¿Reaccionarios o Revolucionarios?.....	27

Ensayo sobre el nacionalismo

La utilidad del nacionalismo.....	31
El nacionalismo, ni monárquico, ni republicano.....	34
El nacionalismo no debe ser confesional.....	36
Por qué no es confesional el nacionalismo.....	39
Sigamos hablando.....	42
<i>A la grosera provocación de los marxistas la Nación debe res- ponder con una acción armada ¡Viva España libre! ¡Abajo el marxismo!</i>	46

El Estado Nacional

El Estado Nacional

I.....	51
II.....	54
III.....	58

Señales del Estado antinacional

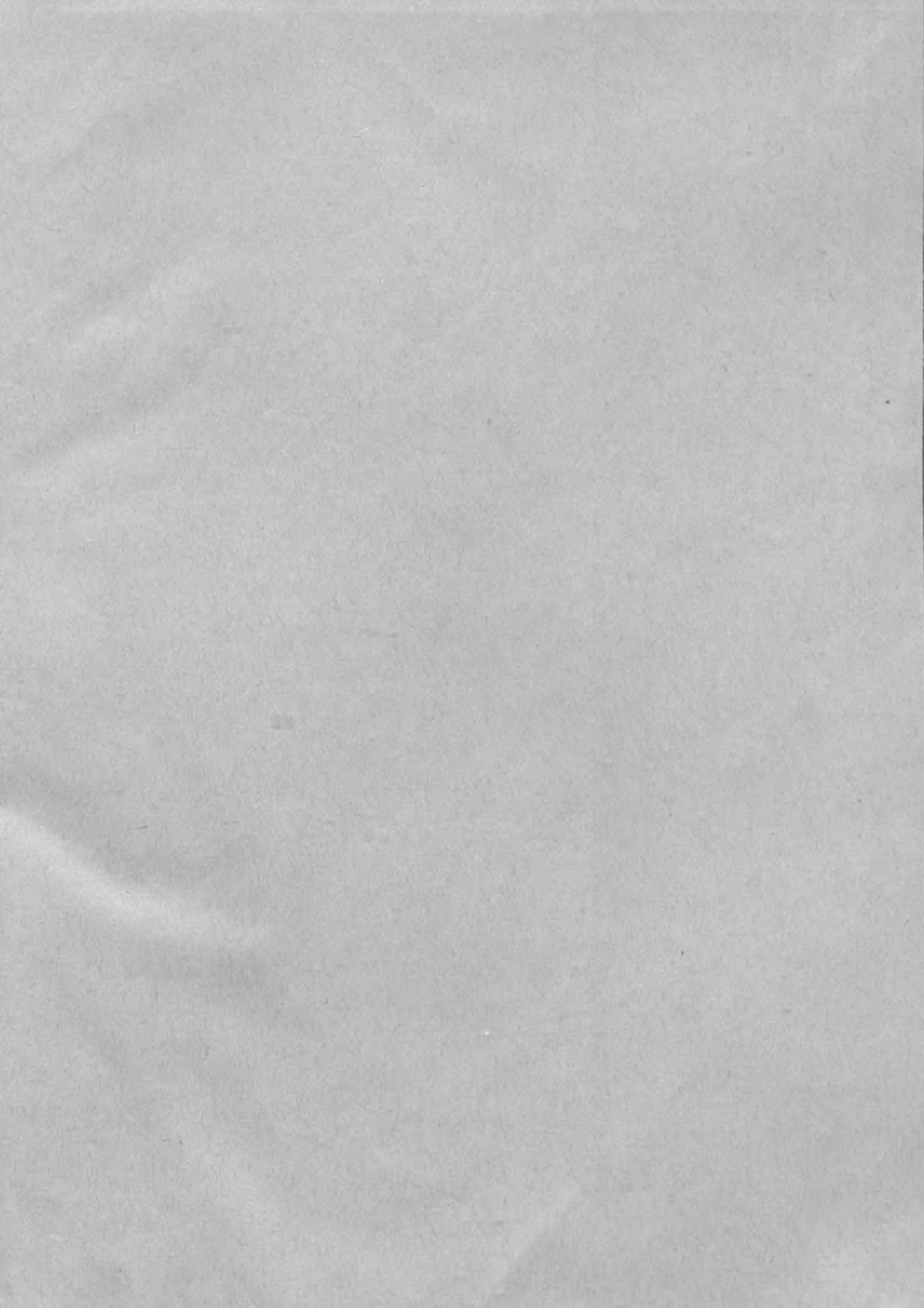
I	63
II	68
<i>La Restauración del Estado Nacional</i>	73
<i>Signos del nuevo movimiento</i>	77
<i>El mito sagrado de la Unidad</i>	81
<i>Rehabilitación del patriotismo</i>	86
<i>La tradición y el Pueblo</i>	91
<i>¿Monarquía o República?</i>	96

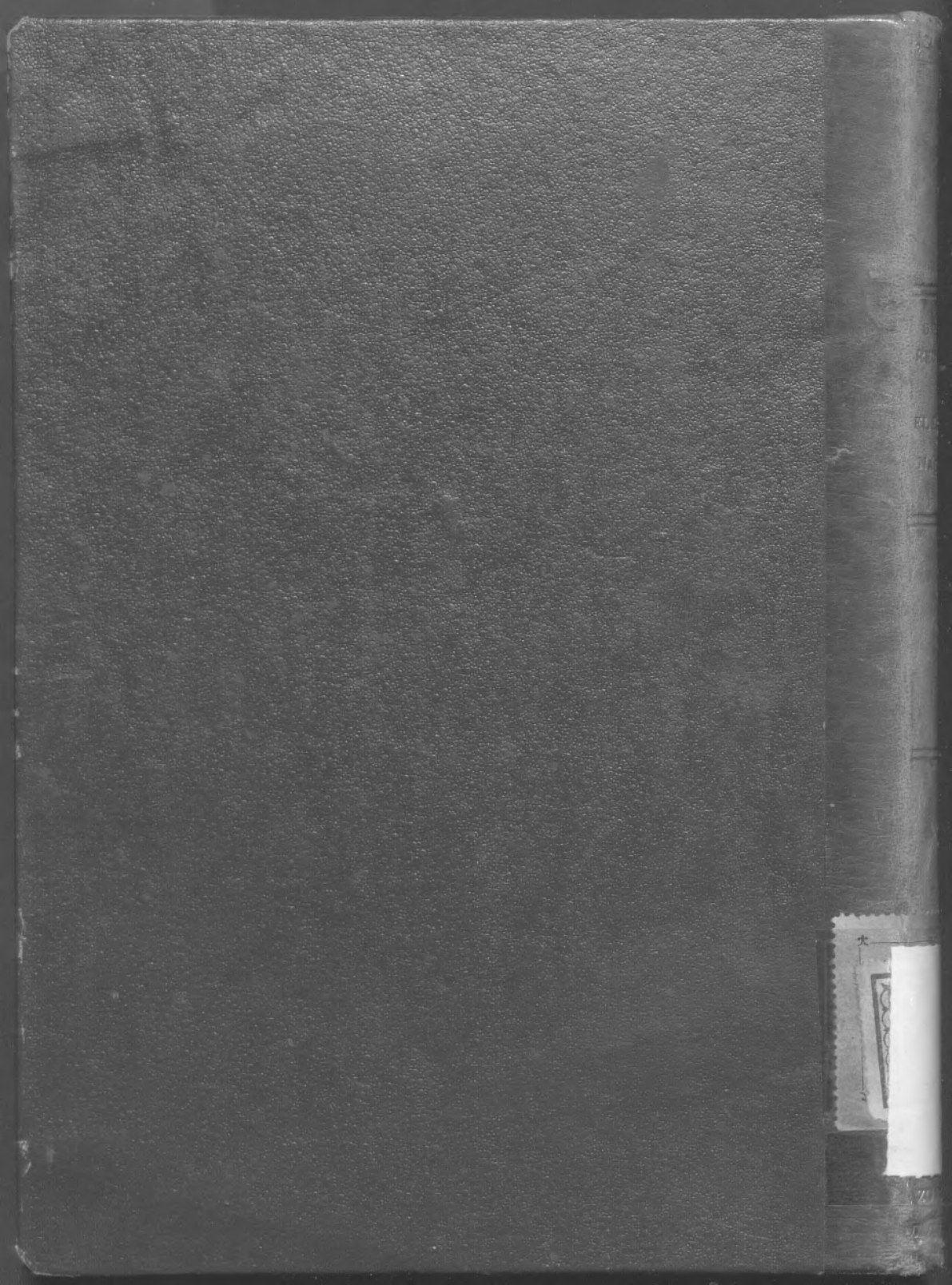
El Estado del Porvenir

I	101
II	105
<i>La conquista del Estado</i>	110

Teoría «constitucional»

I	115
II	119
III	123
IV	128
V	132
VI	135
<i>La nueva política</i>	139
<i>El Estado nuevo</i>	143







ONÉSIMO
BONFONDO

EL ESTADO
NACIONAL

G 57395

LIBRERIA
EL CAJON